

La Ilustración Artística

ATENE
BIBLI
MAL

Año XIX

BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1900

Núm 964

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo de los tomos correspondientes á la serie del presente año, que es el primero de la famosa obra de Le Sage GIL BLAS DE SANTILLANA, edición de lujo con magníficas ilustraciones del notable dibujante francés Mauricio Leloir, digna bajo todos conceptos de figurar en las mejores bibliotecas.

Aquellos de nuestros suscriptores que no hubiesen recibido el expresado tomo se servirán reclamarlo de nuestros repartidores y corresponsales.

Igual advertencia debemos hacer á los que, aceptando el ofrecimiento que hicimos en el prospecto de este año, solicitaron oportunamente que se les sustituyese el primer tomo de GIL BLAS DE SANTILLANA por el primero de la obra PENSAMIENTOS Y RECUERDOS DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK.

UNA CORRIDA DE TOROS EN UN PUEBLO DE VALENCIA

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

Sensible es tener que confesarlo, pero ¿qué otro recurso queda si ha de decirse la verdad? La afición á los toros está arraigadísima en nuestra patria, y cuanto más predicán los moralistas en contra de esta diversión y cuanto más nos censuran por este motivo los extranjeros, tanto más dispuestos parecen los españoles á reírse de los sermones de los unos y á hacer caso omiso de los insultos de los otros.

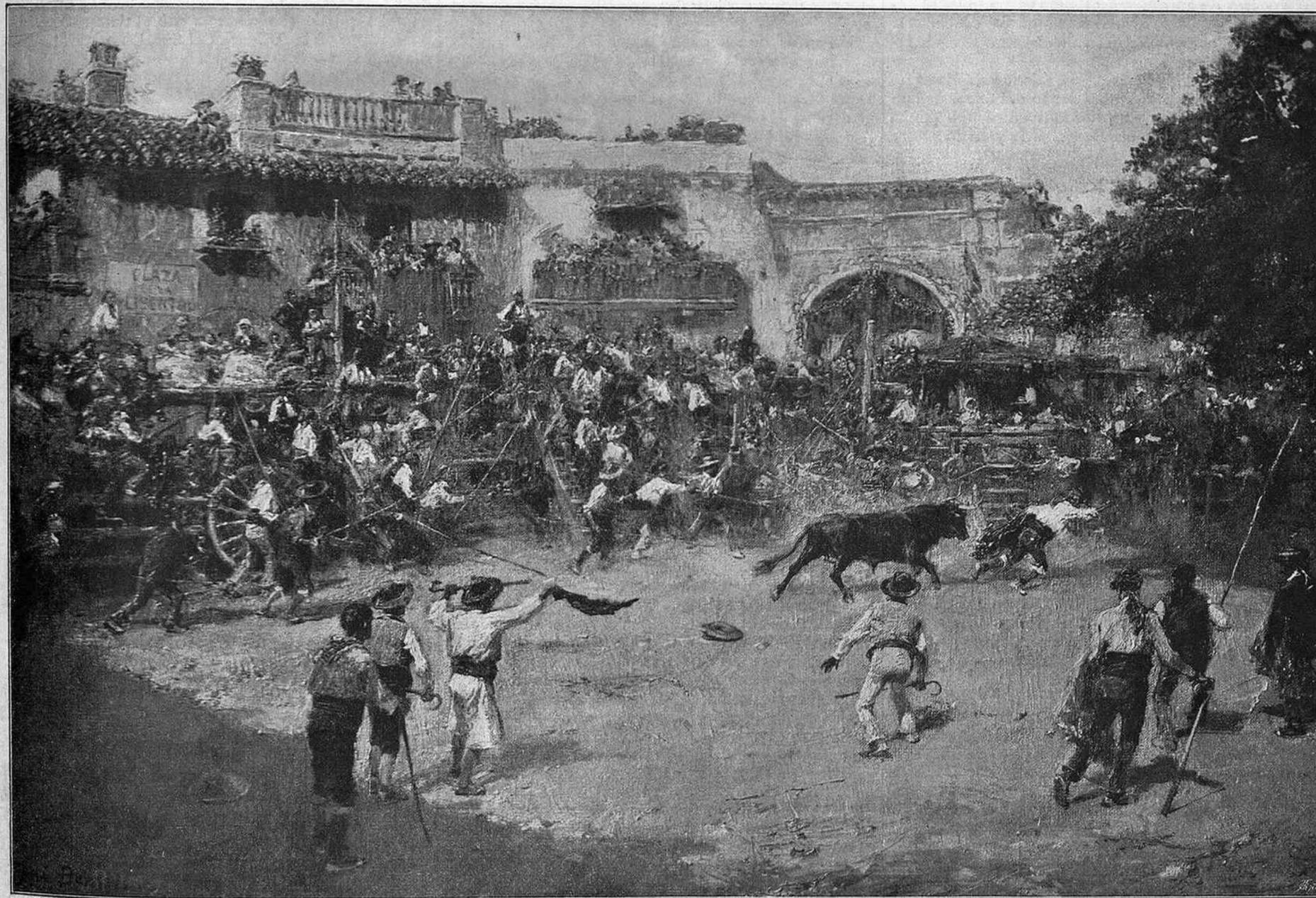
Las plazas de toros abundan que es una bendición y el oficio de torero es uno de los más lucrativos en nuestra tierra; el número de circos taurinos aumenta de día en día y en proporción aumenta también el de los que al llamado arte de Montes se dedican. No hay ciudad de alguna importancia que no tenga su plaza, y no hay chico en determinadas regiones que al ver un toro ó simplemente un buey no sienta hervir su sangre y no se crea destinado á eclipsar la fama del mismísimo Pepe Hillo.

Y aun los pueblos que no cuentan con medios para organizar corridas en regla se ingenian para poder disfrutar, siquiera en

las grandes solemnidades, de los placeres de una corrida, convirtiéndolo para ello en circo la plaza pública y lanzándose á la lidia los mozos más atrevidos del lugar.

Mas como no hay mal que por bien no venga, aun los más acérrimos enemigos de esta diversión han de convenir en que, aparte de su carácter más ó menos bárbaro, que no hemos de discutir, las corridas de toros en sus diferentes formas ofrecen un aspecto sumamente pintoresco y que en el denominado espectáculo nacional han hallado inspiración multitud de artistas, cuyas obras han sido universalmente admiradas.

El célebre pintor valenciano José Benlliure, de quien tantas veces se ha ocupado con el elogio que siempre se merece LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos da una prueba de lo que decimos en el bellissimo cuadro que al pie de estas líneas publicamos. Esta hermosa composición, llena de luz, de vida y de movimiento, portento de dibujo y de color, basta para reconciliar con las corridas de toros á sus más enconados adversarios, que bien puede perdonarse lo que estas fiestas tienen de censurable y para muchos de repulsivo y brutal en gracia á que á ellas debemos obras de tanta valía como *Una corrida de toros en un pueblo de Valencia*.



UNA CORRIDA DE TOROS EN UN PUEBLO DE VALENCIA,

cuadro de José Benlliure

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. Progreso. Cuestión de razas*, por Emilia Pardo Bazán. — *Fernánflor*, por R. Balsa de la Vega. — *Cesión de las Carolinas Occidentales á Alemania*, por A. — *Problema jurídico*, por Pascual Millán. — *Doray* (narración filipina), por Rafael Comenge. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestros grabados. — Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. Hospital español*, por Justo Solsona. — *La vista de los insectos*, por Enrique Coupin. — *Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.*

Grabados.— *Una corrida de toros en un pueblo de Valencia*, cuadro de José Benlliure. — *D. Isidoro Fernández Flórez (Fernánflor)*. — *Carolinas Occidentales. Isla de Yap*, nueve grabados. — *Guerra anglo-boer*, siete grabados. — *La sanjuanada*, dibujo original de Vicente Cutanda. — *Don Eugenio Blanco, coronel del batallón de macabebes. Grupo de macabebes á bordo poco antes del desembarco en Barcelona* (de fotografía de Laureano). — *República Argentina. Buenos Aires. Hospital Español*, cuatro grabados. — *Las cigarras*, cuadro de L. Alleaume (Salón de París de 1900).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PROGRESO. — CUESTIÓN DE RAZAS

Es edificante y curioso, y mucho de lección envuelve, el caso sucedido estos días en mi tierra natal con un invento nuevo. Hace lo menos veinte años que la antigua y monumental Santiago de Compostela y la industriosa y fabril Coruña suspiran por tener una línea férrea que, enlazando con la general, facilite la comunicación entre ambas ciudades, que se ven obligadas á realizar por medio de los coches-diligencias más feos, sucios, destartados, apestosos, incómodos y peligrosos de cuantos conozco. Desgraciadamente los suspiros de ambas *urbes* tenían bastante de platónicos y no poco de egoístas. Santiago deseaba la línea férrea, convenido; pero... siempre que no le reportase á la Coruña ciertas ventajas. Y la Coruña anhelaba el mismo adelanto... con tal que Santiago no resultase favorecido. Y vino á ser lo del ferrocarril un pugilato de pellizcos y torniscones entre una dueña noble y devota y una obrera gallarda y en lo mejor de su edad.

Excuso decir que los respectivos caciques se hicieron cómplices y coautores de las morosidades y marañas por las cuales la ansiada línea férrea no llegó á construirse. Que si ha de pasar por aquí el trazado; que si ha de torcer por allá; que con tal condición apoyo; que sin ella combato y obstruyo... Y en estas disputas llegaron los perros, es decir, los automóviles, y se decidió fundar una empresa, desterrando la vetusta diligencia, cuyos vuelcos retraían á mucha gente del viaje. No era, sin embargo, la cosa tan sencilla como á primera vista parecía. En primer lugar, el camino de la Coruña á Santiago es un abecedario en que faltan las rectas *ies* y sobran las rabinuertas *eses*. Para mayor dificultad, las *eses* están colgadas sobre precipicios. El coche que allí se inclina no da contra un seto ni va á tumbarse sobre un prado, sino que se despeña al fondo de un valle, de una altura de ocho ó diez metros. Quien vuelca vuelca desde un tercer piso, lo cual centuplica la amenidad de la situación. Así es que los vuelcos de la diligencia llamada (¡oh ironía de los nombres!) *la Ferrocarrilana* han solido ser fatales. El ilustre actor Emilio Mario se dejó aquí á uno de sus compañeros, despachurrado trágicamente al trasladarse la compañía de la Coruña á Santiago. Siempre que Mario hablaba de este trayecto se ponía grave, se le fruncían las negras cejas y se le contraía la rasurada faz.

Como la lógica no es el fuerte de las multitudes, no debemos extrañar que, no obstante la tradición de los vuelcos de la diligencia, uno de los primeros síntomas *misonéistas* que se notaron al divulgarse la noticia de que se iba á establecer el servicio de automóviles fuese el temor á los vuelcos. La inmensa mayoría de la humanidad es así: la alarma menos volcar de un coche ya conocido y ser destrozada por ruedas viejas. Lo pavoroso es sufrir accidentes en un artefacto no usado hasta entonces.

Somos la minoría aquellos que encontramos sazón y gusto en lo nuevo, y precisamente creemos que, de exponerse á un percance, exponerse por algo que no encaja en la rutina. Juntamente profesamos la opinión de que el innovador está obligado á un cuidado exquisito para no hacer antipática la innovación. Y

los automóviles que vinieron aquí á asustar á la gente parece que tenían el inconveniente gravísimo de ser material de desecho, adquirido con rebaja. Además, no resolvían el problema de la rapidez en el transporte: lo que la diligencia recorría en seis horas, lo andaban ellos en cuatro ó cinco: ventaja insignificante.

¿Por cuánto tiempo quedará en la memoria y en los sentidos de la gente de esta tierra infiltrado el horror al automóvil? Es de suponer que ya no lo perderán nunca. En los pocos días que funcionó el invento ocurrieron varios lances, uno de muy graves consecuencias. Se arrojaron del coche distintas personas, enloquecidas de terror; fué aplastado un caballo, y no sé si todavía hubo algo más. Un grupo de aldeanos, contemplando la desgracia, decían á voces: «De esto tienen culpa los que gobiernan.» Y el gobernador lo oía: como que precisamente, asistiendo á las pruebas, iba en el vehículo.

Pues bien, por una vez puede decirse á boca llena: casualmente de este desavío no tiene el gobierno la culpa. La iniciativa privada, á la cual interesaba tanto que el resultado fuese satisfactorio, pudo darnos el progreso en buenas condiciones. A los países alejados del movimiento industrial, como es Galicia relativamente á Vizcaya y Cataluña, se les han de presentar los adelantos en su última y más alta expresión, porque su misonéismo es al de otras provincias como 4 es á 1. Y si han de recibir con relativa indulgencia los adelantos, tienen que ver muy á las claras su excelencia. Ahora se anuncia la adquisición de mejor material; pero apuesto á que el ensayo, por feliz que sea, no borrará la impresión desagradable de los fracasos primeros. De aquí deduzco que todos cuantos aspiramos á difundir algo nuevo tenemos el estricto deber de elaborarlo con detención y primor, porque la novedad en *las costumbres*, no en *las modas*, lleva ya en sí algo que subleva y repele, y sólo con blandura, maña, cuidado y astucia se vence esa involuntaria repulsión de la multitud, apegada inconscientemente á lo antiguo, aunque reniegue de él y conozca y deplora sus males.

Un autor que supongo americano, pues su libro está impreso en Montevideo, D. Víctor Arreguine, ha emprendido la tarea de refutar la célebre obra de Demolins, abogando por la superioridad de los latinos sobre los anglo-sajones. En opinión del señor Arreguine — que parece persona de talento y escribe bien y con soltura — no existe, hablando con propiedad, raza latina ni raza sajona. Todos arios, indoeuropeos. Es muy cierto; no negamos verdad tan demostrada y conocida. Pero tampoco negaré el señor Arreguine que, ramas de un mismo tronco, para seguir la imagen, distamos mucho de parecernos y de dar igual fruto. No sólo no nos parecemos, sino que se diría que nuestros ideales se repelen. Ni en religión, ni en arte, ni en sociología, tenemos las mismas concepciones. La libertad individual, el protestantismo, son sajones; la libertad política, el catolicismo, son latinos. Las excepciones no dicen nada en contra de esta observación general. Un objeto de tocador, un pliego de papel, un sombrero, os gritan á voces: *Made in England, made in Germany...*

Siendo exacta aquella definición «el hombre es un animal que se acostumbra á todo,» no negaré yo que la fuerza socializadora de la imitación y la del contacto puedan hacer que el individuo se adapte á la especial manera de ser de la agrupación. Mas ¿en qué consiste que la agrupación se determina en cierto sentido y no en otro? No hay remedio sino reconocer la obra misteriosa de las afinidades étnicas. No vale decir que el suelo, el clima, el ambiente, lo hacen todo. Los boers se llevaron al África su ideal; los ingleses se lo llevan á todas partes. La Biblia y la tetera aparecen en Australia ó en Java, en Canarias ó en Klondyke. Y el mismo Sr. Arreguine lo reconoce; confiesa que el inglés es siempre inglés — inglés fatal, inglés *desinglesable*.

Yo creo que el Sr. Arreguine tiene razón en gran parte de lo que dice, pero no saca consecuencias exactas de su razón. Los anglo-sajones son más crueles y más rapaces en sus conquistas que los latinos — ya se sabe. — Hace tiempo que los bien informados se ríen de nuestra *leyenda negra*. El Padre Las Casas, si viese á los hambrientos de la India y á los infelices *sioux*, tendría que llorar para toda su vida. Cabritillos de leche fueron nuestros conquistadores al lado de lord Clive. Pero no se trata de eso, no se trata de humanidad *colectiva* cuando se sostiene y propugna la superioridad *actual* de los anglo-sajones.

Actual; importa fijarse bien en que esta cuestión es una cuestión de cronología. La civilización antigua, con su sello evidentemente artístico, pertenece

á la raza heleno-latina (llamémosle raza, para entendernos, á ese conjunto de pueblos). La civilización primitiva oriental, religiosa, había pertenecido á la raza india y semítica. Y la moderna, científica, pertenece á la raza anglo-sajona. No se puede discutir. No es un pugilato de virtudes. La *superioridad* no consiste en el ejercicio de esta ó de aquella *virtud*: consiste en la fuerza, consiste en la salud, el vigor, la energía, la actividad.

Que hay también energías morales en los países anglo-sajones, y altruismo, y hogar, y familia, y respeto á la mujer, y una apasionada y tenaz protección á la infancia, eso no lo podemos negar los latinos más latinos, y yo lo soy en alto grado, refractaria sin querer, por instinto, á lo que no lleva el sello de la raza y de la cultura latina. Virtudes llamo á esas predisposiciones del alma sajona; pero no habrá existido en el mundo raza ni nación alguna que presente completo el cuadro de las virtudes humanas. Quizás cada energía nacional lleva inherentes ciertos males ó desórdenes morales. Los fenicios y los danaos eran engañadores porque eran industriosos y traficantes. Los ingleses son duros y egoístas porque son resueltos y porque se les deja ejercitar el *self help*. La misma conciencia de su superioridad les hace negreros, esclavistas, utilitarios, persuadidos de su derecho contra todos. La convicción de que se debe desarrollar en primer término la energía, aconseja los castigos en las escuelas y la brutalidad en los juegos. Es, en algún modo, el antiguo criterio de los espartanos. Esa gente que goza con las sensaciones violentas y ásperas, que sufre con deleite la intemperie, el agua, la nevaska, que tiene sentidos menos finos que el latino y temperamento más robusto, necesariamente, al apoderarse de las conquistas científicas de nuestro siglo, tiene que ser una raza *superior* — dominadora.

Repito que el Sr. Arreguine es persona de mucho talento: su error es un error *latino*, simpático, artístico: funda la superioridad, que él cree indiscutible, de los latinos en sentimientos, en aptitudes, no en hechos, no en realidades. ¡Ojalá acertase el Sr. Arreguine! Y puede que acierte... con el tiempo este hispano-latino de la América del Sur. Lo que es hoy no me negaré que los anglo-sajones avanzan, que se tragan el globo. Y se lo tragan, no como se tragan á Europa sus antepasados los bárbaros, para aceptar inmediatamente las ideas y el arte y el espíritu de las razas vencidas, no; ellos ahora imponen su concepción peculiar de la vida y del mundo... Han descubierto una infinidad de secretos y nos los transmiten. Han averiguado — ya lo sabía Bacón — que hasta para un ángel el hombre tiene que empezar por ser una sana y equilibrada bestia... sí, un animal poderoso y bien constituido — algo como el Pegaso, nuestro Pegaso latino, que es caballo y luce alas, ó como la Esfinge, latina también — porque todos los mitos hermosos son latinos — que ostenta gallarda cabeza y seno de mujer sobre ancas de fiera...

El mismo entendido escritor reconoce que no estamos en nuestro apogeo. Con esa confesión me basta. Por lo demás, no creo herida de muerte tampoco yo á la raza latina. Acaso, con las duras lecciones recibidas, aprenderá y se amoldará á la vida moderna, á la cual en Europa se muestra bastante adaptable. Yo le podría citar al Sr. Arreguine síntomas, en España misma, de esa transformación ó evolución de las ideas consecutiva al dolor de las palizas y de las afrentas nacionales. Francia, no se puede negar, también ha entrado en los caminos de la regeneración, y está desconocida en muchas cosas, aunque en otras persevera en su doctrinarismo.

La hibridación ó cruce del ideal latino con el ideal anglo-sajón puede dar frutos preciosos. Un recastado, ó media sangre (hablo simbólicamente), que conserve su finura y su sentido de artista y adquiera vigor y voluntad, puede ser el tipo perfecto á que la humanidad llegue en su progreso indefinido. Shakespeare era algo así: su propia lengua, la que el gran dramaturgo escribe, está plagada de latinismos: es latino á medias.

¿Quién sabe si el escenario de esa transformación de la humanidad, que sueño, serán las jóvenes naciones de la América española, cuya federación podría contener la ola sajona, dándonos otra vez el puesto que nos corresponde en el planeta? Todo aquello que no veo factible en nuestro viejo continente y nuestra vieja nacionalidad, se lo encomiendo á la América del Sur, que no sufre los *obstáculos tradicionales* que aquí padecemos, que ha recibido esas transfusiones de sangre extranjera que renuevan la raza por la amalgama, y que representa para España el elixir de juventud de *Fausto*.

EMILIA PARDO BAZÁN.



D. ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ (FERNANFLOR)

FERNANFLOR

Isidoro Fernández Flórez es el primer periodista que sin haber pasado por cargo político alguno ha traspuesto los umbrales de la Academia Española para tomar asiento entre los ilustres miembros de aquella corporación encargada de limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua castellana.

No creo necesario otro elogio del periodista de agudo y temible ingenio, del narrador de tan castiza y elegante prosa como lleno de originalísimos recursos, del crítico imparcial de golpe de vista seguro, á las veces irónico, sutil y delicado, enérgico y duro otras. *Fernanflor* ha entrado en la Academia Española, la más codiciada entre nosotros de todas esas doctas corporaciones, sin más influjos que los de su pluma de escritor modernista, que en la sección política del periódico se convertía en catapulta demoleadora de escuelas y doctrinas; que en la *crónica* — género implantado por *Fernanflor* en el periodismo español — se transformaba en el buril de Cellini, cincelandu riquésimas labores; que en el *cuento* era (y es felizmente) cincel que trabajó estatuas crisolefantinas de tanta belleza plástica y ricas tonalidades como llenas de vida; que en la crítica así parecía escarpelo manejado por habilísimo anatómico, como espada de delgada hoja florentina. A esa pluma que de tan varios modos le sirvió y con tanta brillantez dió forma á los ideales todos de su dueño, solamente á ella debe *Fernanflor* periodista su ingreso en la Academia. Digno y justo es reconocer que el mérito del escritor ha sido consagrado oficialmente de una manera espontánea é imparcial, allí donde aún no hace muchos años se miraba con recelo cuanto persona ó cuanta doctrina tuviera olor, sabor y color de revolucionaria.

**

El ilustre autor de cuentos tan bellos como *La palmera de plata*, *La cantaora* y veinte y ciento más que son modelos de buen decir, páginas sueltas de un libro que pudiera titularse «El corazón de un hombre del siglo XIX», es una de las figuras, en la literatura española contemporánea y en la sociedad madrileña de nuestros días, más típicas, más originales por su carácter, por sus aficiones y por sus gustos. Como escritor es un «cuentista» hondamente subjetivo, ético y más que observador de tipos y cosas (con ser esto en grado superior), un espíritu reflexivo al que conmueven é inspiran las múltiples y cada día más inextricables batallas de las pasiones humanas; esas batallas que, no siendo ruidosas ni cruentas, son, por las condiciones de la civilización moderna, que van transformando nuestra fisiología, más dolorosas por lo calladas y sufridas que no lo han sido nunca. Como «cronista» *Fernanflor* ocupa uno de los puestos preeminentes entre los estilistas y cinceladores del habla castellana; y tengo para mí que es el primero entre los primeros en narrar con sencillez y al propio tiempo con elegantes conceptos así lo trivial como lo dramático.

La crítica, especialmente la artística, ha tenido en mí ilustre amigo formidable campeón. Limpio de toda influencia de escuela, él, tan lógico en sus creaciones literarias, tan sencillo como elegante y señorial en el desarrollo y expresión de aquéllas, no echó mano de otras razones ó doctrinas que las que le sugería su buen gusto, su educación de *visu* — en materias de Bellas Artes la única cierta — para ensalzar ó censurar una obra. Y una de las condiciones características de la personalidad crítica de *Fernanflor* era la de exponer su pensamiento sin cuidarse de las demás opiniones. Siempre que ha creído necesario decir una de esas grandes verdades que para decirlas

es menester habérselas con la opinión y arrollarla, lo hizo sin cuidarse de atenuar los efectos. Sus argumentos pudieran calificarse de argumentos de *razón pura*.

En el fondo de su obra literaria como en sus gustos artísticos se advierte una mezcla verdaderamente digna de estudio, de romanticismo y de misticismo, sin dejar de ser hondamente realista. Muéstrase la primera condición en un dejo de amargura que se traduce unas veces en hastío, como en el citado cuen-



D. ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ (FERNANFLOR)

to *La palmera de plata*; otras, por el contrario, en un movimiento de esperanza, como acontece en su cuento simbólico *La insepultable*; otras por un fatalismo cuasi heleno, bien advertido en aquel maravilloso trabajo literario *Mujeres y rosas*. Su misticismo procede de un alto sentimiento altruista que tantos aspectos ó facetas ofrece en su varia obra. Escéptico á las veces, fina y amargamente irónico, francamente democrático y revolucionario al modo que lo fueron los Vives y los Luises de León y de Granada, esto es, reclamando la absoluta igualdad del deber y del derecho para el hombre, la piedad para todo dolor, convirtiendo en religión el progreso espiritual, ese misticismo — digo — se muestra literariamente en el escritor ilustre, abarcando todos esos aspectos según que la idea generadora se ofrezca á su mente movida por un estado determinado de su alma.

**

Sin darme cuenta he venido á trazar un esbozo de la personalidad literaria de Isidoro Fernández Flórez, cuando en estas rápidas semblanzas lo principal es hacer el retrato íntimo de la persona. Pero realmente, para el mejor parecido de este retrato que intento, el conocimiento del hombre por su obra lo considero de tanta importancia, cuanto que en *Fernanflor*, al revés de lo que suele acontecer con otros escritores y pensadores, su fisonomía moral está dibujada por entero en sus escritos. En la conversación familiar se advierten en Isidoro Fernández Flórez esa ironía finísima de que más arriba he hablado; ironía tan fina como á las veces mortificante, si no cruel; la claridad y sencillez en el modo de ver y de apreciar personas y

cosas, es otra también de las condiciones que brillan en el antiguo periodista; la elegancia y el buen gusto de su estilo se reflejan asimismo en todo cuanto le rodea y toca; la severidad, mejor dicho, la austeridad de ese mismo gusto, en la parquedad con que usa del tropo, del eufemismo de la hipérbole en su labor literaria, en sus trabajos críticos y en su conversación.

La figura mortal de *Fernanflor* es la personificación de esos aspectos de su obra. Pulquérrimo en el vestido tanto como en su trato, al verle pasear por estas calles de la villa y corte, con el sombrero ligeramente ladeado, luciendo en el ojal del chaquet ó de la americana de irreprochable corte la blanca nota de la gardenia, probando á cada cinco segundos en el suelo, mientras escucha distraído lo que le dicen sus interlocutores, la flexibilidad de su bastón, *Fernanflor* parece un displicente que apenas si pone cuidado en lo que le hablan, dibujándosele en el rostro ese ligero gesto de hastío que en ciertas inteligencias suele ser la forma con que se exterioriza el desencanto que les produce la distancia que media entre sus ideales abstracciones y la realidad.

Y sin embargo, pocas inteligencias creadoras viven más dentro de la realidad que *Fernanflor*. De ahí sus frases cáusticas con que á las veces dibuja todo un carácter. De ahí también sus escasísimas amistades, siendo al propio tiempo admirado y respetado por todo el mundo. De su conocimiento de éste deriva la austeridad de sus costumbres, la parquedad de sus palabras, la vida cuasi cenobítica que hace; así como de sus depurados gustos artísticos puede apreciarse, aparte de su obra literaria, en el decorado de su casa, especialmente en el de su despacho, donde no se ve ni una mecedora ni un mueble moderno de esos que llaman de *fantasía*, ni un cuadro, porque sus amores están en aquellas pensadoras cabezas del *Greco*, en aquellos austeros personajes de Sánchez Coello y Carreño, en aquellas interesantísimas figuras de damas y guerreros y gentes en fin de otros siglos, que más que por la historia los conocemos hoy por la genial revelación que de ellos nos han hecho con el pincel los grandes maestros del siglo de oro de nuestra pintura.

**

Y para terminar este esbozo de semblanza recordaré aquí unas frases de *Fernanflor* de las varias que recuerdo.

Erased un periodista notabilísimo (muerto hace algunos años), persona muy apreciada y querida en la redacción de *El Liberal*, á la que pertenecía. Este amigo nuestro, además de soñador impenitente, era de una indolencia grande. Parecía un hijo de los trópicos, pues siempre que podía buscaba la posición horizontal. Una tarde de verano entra *Fernanflor* sonriendo en la redacción.

— Acabo de ver, nos dijo, á Fulano *desleído* en una *manuela*.

Otro día se trataba de dos personas, también muy conocidas. Una de éstas tenía fama de no cumplir nunca lo que prometía, y ambas se preparaban para hablar en público. Se discutían, pues, las ventajas de una y otra para el caso.

No recuerdo quién dijo que el primero saldría vencido porque no tenía palabra.

— Ni el otro tampoco, contestó *Fernanflor*.

Pero la más sangrienta de todas las frases que yo recuerdo, no dichas, sino escritas por *Fernanflor* en momentos políticos de una reacción grande, y que produjo un verdadero espasmo de ira en las esferas del gobierno, fué aquella en la cual, atacando al régimen, decía que los reyes eran temibles «cuando se les calentaban los cascos.»

R. Balsa de la Vega.

CESIÓN DE LAS CAROLINAS OCCIDENTALES A ALEMANIA

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. — Prohibida su reproducción)

En la madrugada del 3 de noviembre del año pasado, el *Uranus*, á bordo del cual iba nuestro estimado y celoso corresponsal Sr. Arias y Rodríguez, llegó á la isla de Yap (Carolinas Occidentales), en cuyas aguas se encontraban ya el transporte de guerra *General Alava* y los cañoneros *Quiros* y *Villalobos*, y el cañonero y el transporte de guerra alemanes *Jaguar* y *Kudat*. A las nueve de la mañana desembarcó la marinería alemana para tomar parte en el acto de la toma de posesión, que se verificó en la plazoleta rodeada de árboles que se extiende delante de la Casa Gobierno; y á las nueve y media formaba, con los cornetas al frente, la compañía de Infantería de marina española que guarnecía la colonia de Yap. Las fuerzas alemanas se situaron á la izquierda y las españolas á la derecha, dando todas frente á la citada Casa Gobierno y formando un ángulo obtuso, pues la falta de espacio no permitía extenderse en una sola línea recta.

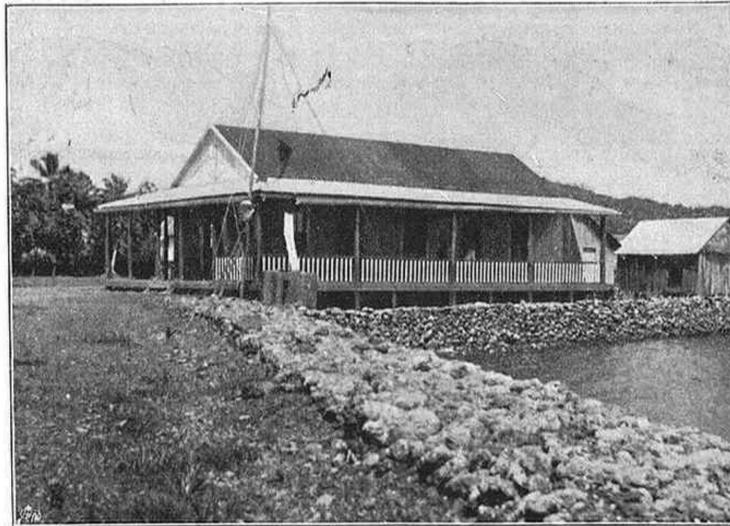
El gobernador general de Nueva Guinea, delegado del gobierno alemán, leyó el acta de cesión relativa al grupo de las Carolinas Occidentales, y al terminar la lectura del documento dió tres hurras al emperador de Alemania y otros tres á los reyes de España. Presentaron armas las fuerzas, los cornetas de nuestra Infantería de marina tocaron la marcha real y muy despacio se arrió la bandera española con todos los honores, haciendo las salvas de ordenanza el *Jaguar* y el *General Alava*. En seguida se izó la bandera alemana, tocando la banda del *Jaguar* el himno nacional alemán y después la marcha real española. Un discurso del gobernador alemán y otro del gobernador español saliente, que estaba emocionadísimo, pusieron fin al acto.

Doña Bartola Garrido, natural de Manila, ha sido intérprete del gobierno español en Yap, y ella fué la que al intentar los alemanes posesionarse de Yap en 1885 enarbó la bandera española y protestó enérgicamente del atropello que aquéllos intentaban cometer y que dió lugar al célebre conflicto de las Carolinas. El gobierno español premió los servicios de aquella excelente patriota concediéndole el cargo retribuído de intérprete del gobierno de las Carolinas Occidentales, que ha venido desempeñando hasta el momento en que este grupo de islas ha dejado de pertenecer á España.

Ha sido la única que sin haber nacido en España ha demostrado un gran cariño á nuestra nación y una pena inmensa al dejar, contra su voluntad, la nacionalidad española, cuya bandera ostenta en preferente lugar de la sala de su casa.

Es viuda, cuenta cerca de sesenta años, es muy varonil y se conserva fuerte gracias á la vida activa que siempre ha llevado y sigue llevando todavía.

Habita una modesta casita situada en un pequeño montículo que antes formaba isla y que hoy está unido á la colonia por un pequeño istmo. Este montículo es denominado en las cartas geográficas «Isla de doña Bartola» y lleva su nombre por haberse establecido allí esta señora muchos años antes de que España tomara posesión efectiva de las Carolinas. — A.



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. «El Casino» establecimiento de bebidas y comestibles y sitio de reunión de la colonia española de Yap

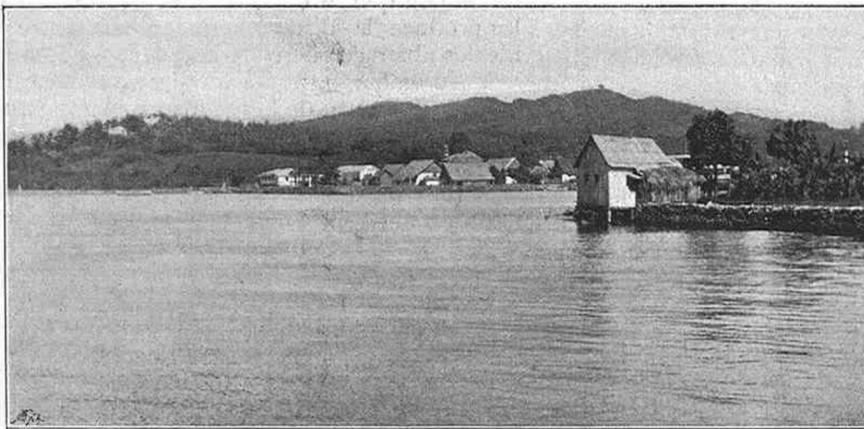
PROBLEMA JURÍDICO

I

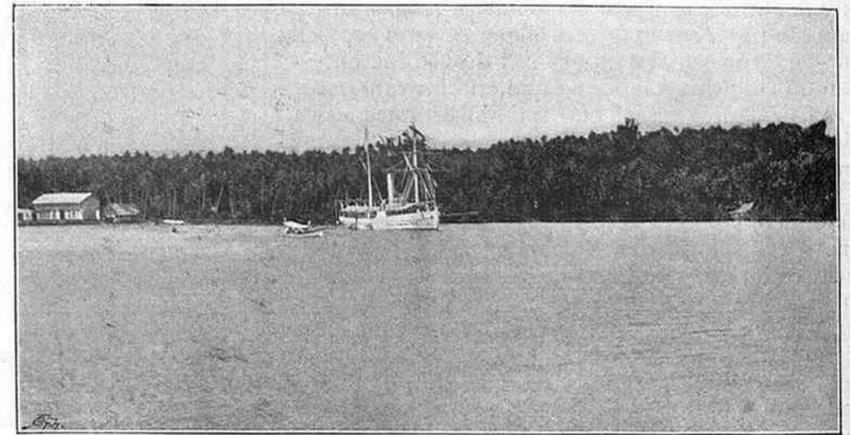
Embutido en cómodo sillón, arropado con caladas las gafas, encrespadas las anchas cejas, y contraído el semblante, D. Honorato, después de haber leído con atención profunda un fárrago de papeles que ante sí tenía en su revuelta mesa, se quedó hondamente pensativo.

D. Honorato era fiscal de una audiencia, y su rectitud severa y su nunca

Embutido en cómodo sillón, arropado con



CAROLINAS OCCIDENTALES. — Vista panorámica de la colonia ó población de Yap desde el embarcadero de la denominada «Isla de Doña Bartola»



CAROLINAS OCCIDENTALES. — El cañonero español «Villalobos» anclado frente á la colonia de Yap.

Una de las hijas de un acaudalado inglés establecido en Yap lloraba al ver arriar la bandera de España, y lloraba también doña Bartola Garrido, mujer de gran entereza cuyo retrato publicamos y de la cual diremos algo más adelante. Unos cuantos indígenas presenciaron impávidos el cambio de nacionalidad.

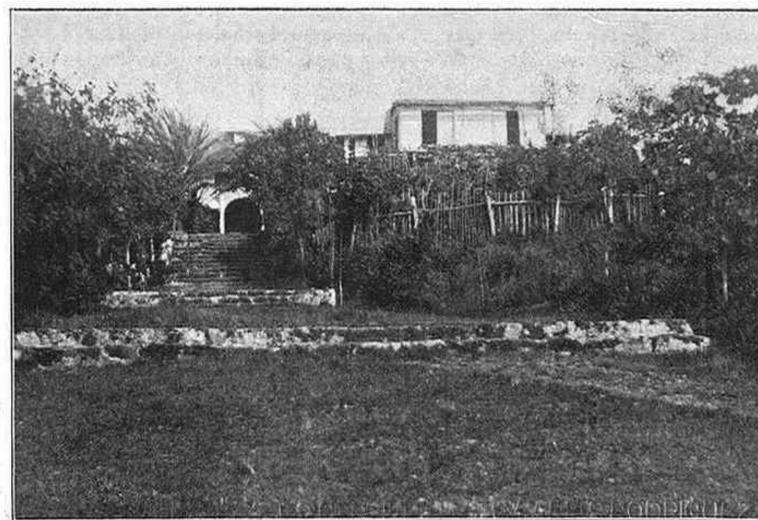
Durante los días 5, 6 y 7 celebráronse grandes banquetes á bordo del *Uranus*, del *Jaguar* y del *General Alava*.

Dejando para otro número, en que reproduciremos las correspondientes fotografías, la descripción de la isla de Yap y de sus habitantes y costumbres, diremos hoy algo únicamente como explicación de los grabados que en el presente publicamos.

La Casa Gobierno de Yap, construída con fuertes maderos y con techo de hierro galvanizado, se asemeja á un pequeño chalet y ofrece un aspecto muy agradable; consta de planta baja y principal, y se halla rodeada de arbustos y edificada en una pequeña planicie ó lengua de tierra bañada por el mar.

«El Casino» es el establecimiento más importante de la colonia de Yap; pertenece al súbdito alemán R. Friedlander y en él se venden comestibles y bebidas y servía de punto de reunión y recreo de la colonia española.

Un excelente camino ancho, muy bien cuidado y formando rampa, conduce á la pobre iglesia de la colonia, distante unos dos kilómetros de la población. Al final del camino se encuentra una escalinata, por la que se sube á una reducida plaza en donde está situado el templo, á cuyo lado se levanta la casa-convento. Ambos edificios son modestísimos y nada de particular ofrecen exterior ni interiormente, presentando un aspecto rústico. Los materiales que han entrado en su construcción han sido importados de Manila, pues en Yap se carece de elementos para realizar obras de importancia. Los frailes capuchinos que allí ejercen su misión civilizadora se dedican como los de Ponapé á la instrucción de los indígenas y á todas las faenas agrícolas, siendo hortelanos, jardineros, pastores, etc.



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. Pobre iglesia y modesta casa convento de la colonia

desmentida probidad le habían granjeado un nombre respetado por el pueblo y considerado por la magistratura.

En su larguísima carrera, pues D. Honorato frisaba ya en los cincuenta y seis años, no le acusaba su conciencia de haber faltado jamás á sus deberes ni de haber omitido medio legal alguno para que todo delito en cuyo conocimiento tuvo él que intervenir recibiera la sanción penal debida.

Por eso, al dar por vez primera con un crimen que á sus ojos era evidente, pero que en autos no resultaba, y al tropezar con la imposibilidad de su justificación y castigo, quedóse profundamente abstraído y meditando, no sabemos si en el crimen mismo ó en la deficiencia de las leyes.

— ¡Esto es horrible!, exclamó al cabo de un rato; y revolviendo una vez más el enorme legajo, volvió á engolfarse en su contenido.

II

El caso era el siguiente.

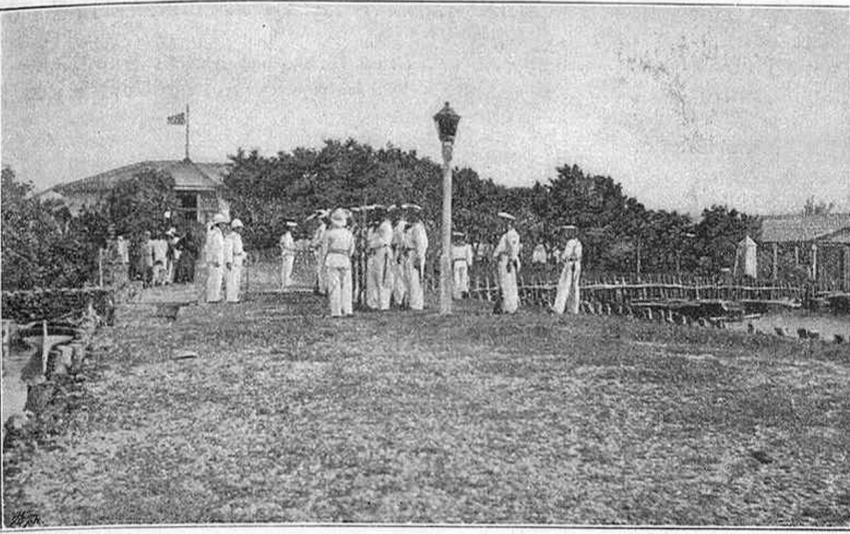
Doña Rafaela, viuda sin hijos, poseía una pingüe fortuna que pensó legar á sus sobrinos Ramón y Carlos, aunque mejorando al último, tanto por ser hijo de la menor y más querida de sus hermanas, cuanto por haberlo criado ella como si fuera hijo suyo.

Pero Carlos hacía muchos años que había desaparecido, suponiéndosele víctima de un naufragio en las costas de América, puesto que desapareció el buque en que iba.

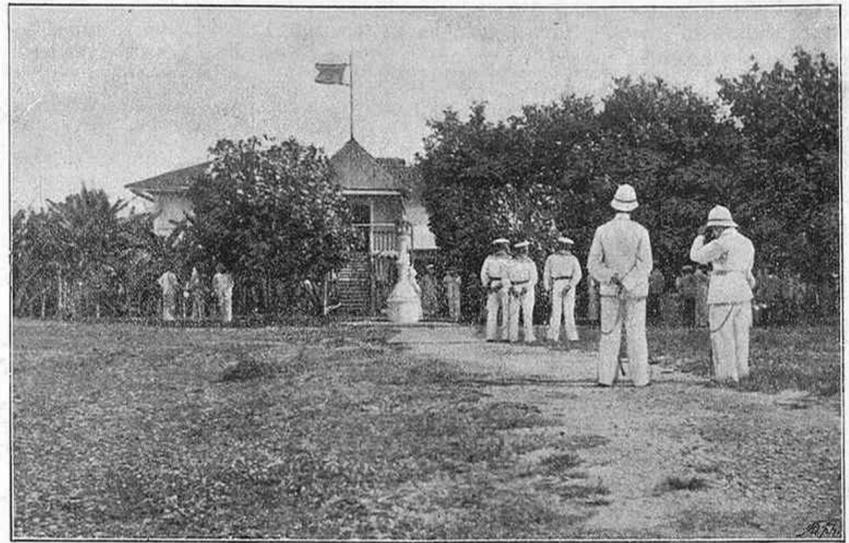
Cuantas diligencias se practicaron en averiguación de su paradero fueron inútiles.

La desaparición de Carlos fué un golpe terrible para su buena tía, tanto, que su existencia quedó amenazada desde aquel momento con la formación de una aneurisma.

Vanos fueron cuantos consuelos trató de prodigarle la amistad, y sólo halló algún lenitivo para sus dolores morales en la extremada solicitud de su otro



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. Acto de la entrega oficial de aquellas islas á los alemanes. La marinería del cañonero alemán «Jaguar» formada en el muelle en la mañana del 3 de noviembre de 1899.



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. Acto de la entrega oficial de aquellas islas á los alemanes. La Casa Gobierno una hora antes de verificarse la ceremonia de la toma de posesión.



sobrino, Ramón, quien, casado ya, se la llevó consigo á una quinta para atenderla y cuidarla todo lo posible.

La dolencia, sin embargo, progresaba lentamente, y la buena señora no se forjaba ilusiones acerca de su desenlace: así es que, en uno de los ataques que de vez en cuando padecía, temerosa de que la asfixia truncara su existencia, mandó llamar á un notario y ante él y dos testigos hizo sus disposiciones testamentarias, legando á su sobrino Ramón toda su fortuna.

La esmerada asistencia de que fué objeto, y fenómenos de la misma enfermedad, apartaron de su lado la inminencia del peligro y transcurrieron años sin que ningún grave acceso hiciera temer seriamente por su vida: el médico había prescrito terminantemente que se evitara á la enferma toda impresión fuerte, por lo funesta que pudiera serle, y esta prescripción, que se cumplía al pie de la letra, era reiterada á menudo por aquél, añadiendo que, aunque la enferma parecía estar mejor, la procesión andaba por dentro y el peligro era cada vez más grande.



DOÑA BARTOLA GARRIDO, intérprete que ha sido del gobierno español en Yap. Esta señora es la que en el conflicto de 1885 enarbó la bandera española y protestó enérgicamente del atropello que intentaban cometer los alemanes

III

Una mañana en la que, como de costumbre, leía Ramón *La Correspondencia*, le vió su esposa palidecer de pronto, como si se pusiera enfermo, y al inquirir solícitamente la causa de ello, se le acercó Ramón, y después de cerciorarse de que nadie podía verlos ni

oirlos, le mostró el periódico por el sitio en que, bajo gruesos caracteres que decían LOS RESUCITADOS, daba la siguiente noticia:

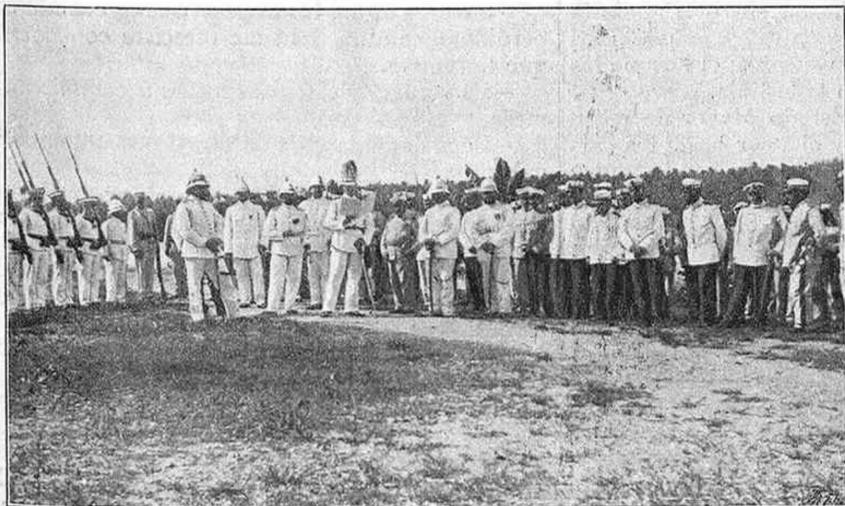
«Acaba de fondear en Santander el *Medusa*, que, al bordear una isla deshabitada frente á la Hotentocia, ha recogido á los tres únicos naufragos supervivientes del bric *Neptuno*, estrellado contra las rocas de dicha isla hace catorce años, á saber: D. Carlos Irocin, Pedro Cienfuegos y Genaro Sánchez. Mañana publicaremos detalles.»

Si á Ramón le produjo gran efecto la noticia de la aparición de su primo, no fué menor el que esta causó en el ánimo de la esposa de aquél: en el corazón de ambos se entabló fiera lucha; pero esta fué breve: la voz del interés ahogó á la de la sangre, y lo que para aquel matrimonio debió de ser causa de regocijo, fué motivo de disgusto y de honda preocupación: la mitad, por lo menos, de la herencia de la tía se le iba de entre las manos.

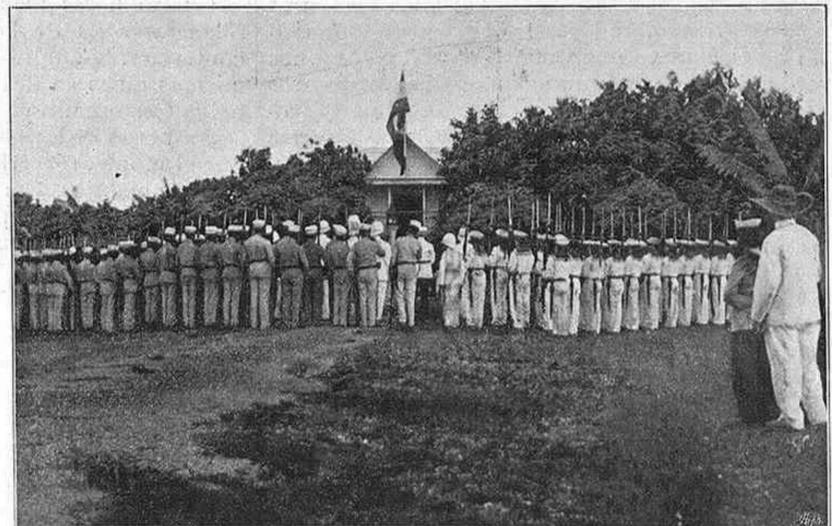
La buena señora acostumbra á madrugar y era, ordinariamente, la primera que leía el periódico; pero aquella mañana se había sentido mal y no había podido abandonar el lecho. El médico, al salir de la estancia de la enferma, había re-

petido su eterna recomendación á los sobrinos, añadiendo:

— No es que esté de verdadero peligro; pero sí lo bastante grave para que una impresión algo fuerte pueda serle fatal. Volveré luego.



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. El gobernador alemán de Nueva Guinea leyendo el acta de cesión de aquellas islas á Alemania



CAROLINAS OCCIDENTALES. — ISLA DE YAP. Acto de arriar la bandera española é izar la alemana en la Casa Gobierno, después de leída el acta de cesión

El estado de ánimo de Ramón y de su mujer no es para dicho: el primo podía llegar de un momento á otro, y si á la enferma se la preparaba convenientemente, habría tiempo sobrado para rehacer el testamento y... ¿qué hacer en tan difícil situación?

IV

Apenas había transcurrido una hora desde que Ramón y su esposa se enteraron de la noticia telegráfica publicada en el periódico.

En la sala contigua á la habitación de la enferma hallábase aquél con tres vecinos á quienes había llamado para que le hicieran la partida de tresillo, ya que por el grave estado de su buena tía no podía él abandonar la casa: la mujer de Ramón preparaba, á la vista de ellos, un cocimiento.

De pronto se oyó un grito agudo, dado al parecer por la enferma.

Levantáronse todos sobresaltados, temerosos de que hubiese acaecido una desgracia, é iban á entrar en la habitación de doña Rafaela, cuando el médico, que iba á hacer su segunda visita y había oído también el grito, se anticipó á todos.

La anciana yacía cadáver en el lecho: la espuma sanguinolenta que humedecía sus labios atestiguaba la rotura de la aneurisma: entre sus manos crispadas tenía un periódico.

En medio de la confusión consiguiente, del azoramiento de Ramón, del llanto de su esposa, del ir y venir de la servidumbre y de las exclamaciones y comentarios de los circunstantes, el médico se fijó en aquella circunstancia y un rayo de luz hirió su mente.

Cogió el periódico; lo repasó con avidez y...

— Es natural, dijo para sí, ha muerto asesinada.

Y cumpliendo con el deber que le imponía su conciencia, abandonó la estancia mortuoria, se avistó con el juez y le dió parte formal de lo ocurrido.

V

Y aquella causa era la que ante sí tenía D. Honorato.

En ella, en el margen de las declaraciones, entre las líneas escritas por el actuario, el probo y recto fiscal leía con perfecta claridad todo lo ocurrido; veía la mano criminal que había puesto fin á la vida de la enferma por medio de impresión violentísima; pero ni consideraba posible la prueba, tratándose de intenciones, ni en el código encontraba medio hábil de castigar aquel delito.

El buen magistrado dudó, por aquella sola vez en su vida, de la sabiduría de la justicia humana, y exhalando un profundo suspiro y arrojando lejos de sí el mamotreto que tan intrincado problema ofrecía, exclamó con excecpticismo.

— Todo es inútil: para esta clase de crímenes no existe más que un tribunal: el tribunal de Dios; ni más que una justicia: la justicia divina.

PASCUAL MILLÁN

(Pero Nuño)

DORAY

(NARRACIÓN FILIPINA)

La división Lachambre se puso en movimiento camino de Silang: la brigada Marina, el célebre coronel del 73, en vanguardia; la del general Cornel á retaguardia.

Hacia un sol espléndido, y los zacatales, las tierras palayeras y los sembrados de caña dulce del rico pueblo de Calamba se matizaban con todos los tonos del verde, desde el obscuro al esmeralda; los pájaros cantaban ocultos entre las ramas de aquellos almendros gigantescos que se llaman talisay, y las cigarras entonaban su eterno himno al calor desde las copudadas mangas y los perfumados ilang-ilang de desmayadas hojas y amarillas flores; cantaban los gallos en lo alto de las casas, golpeando antes con sus alas el rojo y dorado cuerpo, y los mansos carabaos buscaban frescura en las charcas de los prados, hundiendo su pesado cuerpo en el agua cenagosa, mientras los pájaros Martínez los espulgaban con su agudo y corvo pico.

De vez en cuando se levantaba un *sagual* ó se corría una concha en alguna choza, y aparecía en el vano, muerta de miedo y de curiosidad, una mujer, una india, con camisa de rengue y falda de sinamay (esas telas filipinas que parecen tejidas por arañas), con el pelo suelto, los brazos al aire y un puro en la boca. Envuelta en humo como una diosa de Homero.

Una de ellas quedó fija en la ventana.

La curiosidad la obliga á levantarse: tal vez el

amor la retiene de centinela, porque ya los últimos soldados desaparecen en el bosque y aún queda la india en pie junto al ventanal, sondeando el horizonte con sus negros y rasgados ojos llenos de sombra.

Pasó un rato, la india se persignó, movió los labios como si rezara, cogió un pañuelo, salió de su casa y á todo correr desapareció en la vecina arboleda.

Nada tan sorprendente como el bosque filipino; el alma mejor templada se empequeñece ante aquellos árboles inmensos, que nuevos gigantes de la fábula parece que intentan escalar el cielo; las lianas y enredaderas fingen guirnalda y colgaduras de caprichoso follaje, y enlazan y unen los troncos seculares con las amarillas cañas de verdes tirso; las latánias de inmensos abanicos se ocultan bajo el amplio ramaje de los cocoteros y los liabetes, y donde la cenefa de las enredaderas no llega á adornar con sus extravagantes caídas de hojas, surgen las orquídeas y las parásitas que semejan mariposas de luz en aquellas umbrosas soledades.

Un silencio sepulcral, mejor dicho, religioso, sobrecoge el ánimo del más fuerte, y á los chasquidos de la madera que estalla no responde jamás el trino ni el arpegio de un pájaro. El bosque filipino tiene una majestad de templo, y diríase que Dios mismo está entre aquellas bóvedas sin fin y aquellas columnatas pintorescas celebrando la fiesta de la creación del mundo.

Doscientos hombres abrían camino con sus machetes, y la columna adelantaba pesadamente entre el bosque. Los mismos árboles estaban asombrados de aquel atrevimiento, y del musgo que tapizaba el suelo salía ese vapor acuoso y ese tufillo á verdín precursor de las calenturas. Se mascaba la humedad, y el calor de invernadero que se sentía dificultaba todos los movimientos. Si el Nirvana indio tuviera un templo, lo emplazarían en un bosque de Luzón.

Los soldados marchaban silenciosos; ni se oía un chiste, ni un canto vibraba en el aire; que el soldado indio, descalzo de pie y pierna, indiferente á todas las grandezas de la vegetación de su patria, fuese callado, se comprende, porque el dátil de la palmera *areca*, la perfumada hoja de betel y la cal de conchas hidratada, ó sea el *buyo*, cerraban su boca con mil aromas y goces; pero el soldado español sin cantar en aquella floresta preñada de magnificencia, asombros y misterios, ni se comprende ni se explica.

Pero, en honor de la verdad y á fuer de testigos imparciales, debemos declarar que no se oyó en toda aquella marcha ni una *soleá*, ni una malagueña, ni siquiera una jota.

Las sombras del bosque habían muerto la alegría en las tropas.

De pronto salió de todos los clarines un toque de alto, y más tarde el vocear imperativo de los sargentos, á que contestaban débiles las atipladas voces de los soldados indígenas, nos dió á conocer que se pasaba lista.

— Mi capitán, dijo dirigiéndose al de la cuarta del 73 el sargento Fernández, faltan ocho hombres.

— ¿Crees que habrán desertado?

— Es lo regular. Había muchas babaes (mujeres) ayer en el campamento.

— Pues mal lo han de pasar si los cogemos, porque la orden de fusilarles es terminante.

El sargento Fernández se cuadró, subió la mano hasta tocar el ala del sombrero de nito, dejó caer el brazo con elegancia militar y giró sobre sus talones murmurando:

— A la orden, mi capitán.

Cuatro horas más tarde la pregunta «¿dónde está Silang?» corría de boca en boca, sin que nadie la contestara. Silang no parecía por ninguna parte; los mismos guías se declaraban vencidos; el bosque los había trastornado y perdieron la brújula.

Se dieron órdenes por el Estado Mayor de registrar el monte, ojear la selva y olfatear hasta los más ínfimos matorrales. Era preciso encontrar á todo trance un campesino que pudiese servir de guía, alguien que los sacara de aquel bosque sin fin: el ataque no podía detenerse.

Vanguardia y flancos desplegaron guerrillas, que árbol por árbol y mata por mata, madriguera por madriguera y cueva por cueva rastrearon todos los sitios que pudiesen servir de guarida á un ser humano.

Nada, ni un alma viviente; aquel laberinto inacabable era sin duda el antro de la muerte.

En esto, en el fondo de una covacha formada por la complicación de raíces aéreas que descienden y suben alrededor de los ciclópeos troncos de los baledos, dos soldados, que se habían encogido y agazapado para reconocer aquel antro misterioso, sacaron una india con el pelo suelto, envuelto el busto en una camisa de rengue y cubierta de cintura abajo

con saya de sinamay, que á través de su fino tejido dejaba transparentar las esculturales líneas de su cuerpo.

— ¿Cómo te llamas?, le preguntó un oficial.

— Doray, contestó ella toda ruborosa y bajando los ojos.

— ¿Qué hacías aquí?

— Nada, señor.

— ¿Eres una espía?

— No; aunque india, soy muy española.

— ¿Sabes el camino de Silang?

— Lo sé.

— Si nos guías hasta ese pueblo te daremos todo el dinero que quieras.

— No necesito dinero.

— Pues pide lo que quieras.

— Ya veremos.

— Vente conmigo.

— ¿Adónde?

— Tengo que presentarte al general.

— Bueno; siempre será mejor entenderme con él.

Y siguió al oficial, tranquila y serena, con los ojos bajos y el cadencioso andar de las mujeres tagalas, de sin igual gracia en sus movimientos.

Llegada á la presencia del general se expresó con despejo; ella guiaría al ejército á través del bosque y de la selva, y las tropas caerían sobre Silang sin que sus defensores tuviesen tiempo para rechazar el ataque.

El general le ofreció una gran recompensa y ella contestó que ya pediría lo que le hiciese falta, y por el momento aceptó un tabaco que un ayudante le alargó mirándola picarescamente.

Se orientó Doray mientras encendía el cigarro, recogió gallardamente su cabellera, apretándola en un irreprochable nudo á la griega, y tomando con la mano derecha la cola de la saya mientras con la izquierda se quitaba el puro de la boca, exclamó señalando la dirección que debían seguir con un movimiento de cabeza:

— ¡Por allí!

Las tropas acamparon en Silang aquella misma noche: el combate fué rudo, pero nuestros soldados, batiéndose á pecho descubierto, lograron tomar las trincheras, salvar los barrancos y entrar en el pueblo cuando nadie los esperaba.

Los insurrectos huyeron dejando, como Pompeyo en Farsalia, las mesas aderezadas y los banquetes á punto de servirse.

Hasta la iglesia, iluminada por la devoción de las indias que solicitaban momentos antes con sus rezos un milagro, quedó abierta de par en par sin duda para que al ver aquel suntuoso espectáculo sagrado pasasen los soldados españoles más fácilmente de la victoria al perdón.

Se habían hecho algunos prisioneros, y el general, después de acomodar las tropas y disponer que se enterrasen cristianamente los muertos, mandó que los prisioneros fuesen sujetos á un juicio sumarísimo.

De los ocho que se habían cogido, cinco eran paisanos y salieron absueltos; pero los otros tres, soldados desertores, fueron condenados á ser pasados por las armas sin pérdida de tiempo.

Al amanecer se formó el cuadro, y después de redoblar tristemente los tambores, hechos los bandos de ordenanza, los tres soldados, asistidos de los capellanes de los regimientos, salían de la capilla.

El general presenciaba á caballo la fúnebre ceremonia, procurando apartar la vista de los reos, cuando una india, Doray, se arrodilló ante él diciendo:

— ¡Señor, vengo á que me pagues lo que me ofreciste!

— ¡Hola!, ¿eres tú? Levántate; ¿qué quieres de mí?

— Señor, yo guíé tus tropas á Silang cuando habías perdido el camino, y tú me ofreciste concederme lo que te pidiera.

— Es verdad, y estoy dispuesto á cumplir mi promesa.

— Pues dame la vida de uno de esos hombres, del más alto.

— ¿Y qué te importa á ti ese soldado?

— Es mi hermano, señor, y si lo matas mi madre se morirá.

— ¿De manera que tú sabías que había desertado?

— Lo sabía, y me escondí en el bosque para salvarle. Dame su vida, me la he ganado.

— ¡Imposible! La ordenanza prohíbe perdonar.

Se oyó una descarga, y dos de aquellos infelices cayeron de bruces sobre la hierba: en pie, ileso, sin más que un rasguño de bala en la cabeza, estaba el hermano de Doray, sin duda para probar que la alta prerrogativa de indulto corresponde siempre á Dios.

RAFAEL COMENGE.

GUERRA ANGLO-BOER

A medida que los ingleses han ido internándose en el Transvaal, los boers han vuelto á ocupar algunos puntos del Estado libre de Orange que se creían



GUERRA ANGLO-BOER. — Castigo que se aplica en el ejército inglés y que consiste en tener atados á un poste y expuestos durante dos ó tres horas al sol á los soldados que cometen alguna falta.

completamente dominados. Con posterioridad á los combates de Heilbron y Lindley de que hablamos en la crónica anterior, los federales cortaron el telégrafo cerca de Kroonstad, quedando de esta suerte interceptadas las comunicaciones del generalísimo Roberts. Además, en un combate sostenido cerca del río Rhenoster, un batallón del 4.º regimiento de Derbyshire tuvo un coronel, un teniente coronel y 15 soldados muertos; un teniente coronel, 4 oficiales y 72 soldados heridos, y el resto del batallón quedó prisionero, excepto seis hombres que pudieron escapar.

Estos acontecimientos ocurridos en Orange han producido naturalmente una impresión desfavorable en Inglaterra, y por otra parte han dado ocasión á otras noticias más graves como la comunicada desde Lourenzo Marqués de haber sido recuperada por los boers Bloemfontein, noticia que no se ha confirmado y que bien puede calificarse de absurda.

Y siguiendo por este camino de suposiciones sensacionales, se ha llegado á decir que el general boer Dewet con 13.000 hombres se disponía á atacar Johannesburgo, lo cual no es verosímil, pues el ataque de una plaza guarnecida por un ejército numeroso y que podría recibir en un momento considerables auxilios, sería un error imperdonable en quienes no pudieron, en condiciones infinitamente mejores, apoderarse de Ladysmith, de Kimberley, ni siquiera de Mafeking.

Lo probable es, pues, que los boers, aprovechando las ventajas especiales de su organización y de su gran movilidad, se dediquen exclusivamente á la guerra de sorpresas que, si no ha de darles una victoria definitiva, por lo menos obligará á Inglaterra á mantener en el Africa austral un poderoso ejército de ocupación y prolongará la lucha, no dejando que los conquistadores gocen en paz de los frutos de su expoliación y haciéndoles pagar á muy caro precio el oro que extraigan de las minas, principal objetivo, dígame lo que se quiera, de la campaña promovida por la codicia de un Rhodes, organizada por la ambición de un Chamberlain y sostenida por el patriotismo del pueblo inglés, que ha visto en ella la probabilidad de un desquite de la derrota de 1881.

Al fin ha conseguido el general Buller penetrar en

el Transvaal por la frontera nataliense. El día 1.º de este mes, las baterías boers de Mollskop rompieron un vivo fuego sobre el campamento inglés, causando en él grandes destrozos y muchas bajas, en vista de lo cual Buller solicitó un armisticio de tres días, que le fué concedido, y conferenció con el general Botha en Laings Neck: así lo consignaba un despacho de Pretoria, en el que se añadía que los ingleses habían tenido que abandonar Utrecht y otras posiciones que antes ocupaban. Pero cuando todo hacía presumir, en vista de tales noticias, que los boers conseguirían una victoria ó por lo menos tendrían durante algún tiempo en jaque al general inglés, resulta que éste el día 6 envolvía las posiciones del enemigo en Laings Neck y que Botha enviaba á los ingleses un parlamentario ofreciendo capitular condicionalmente, lo que no aceptó Buller, que quería una capitulación incondicional. Desde entonces, el ejército inglés fué avanzando y ocupando sucesivamente los desfiladeros de Glans Vlei, Almonts Neck, Laings Neck y Majuba y acampando el día 11 á cuatro millas al Norte de Volksrust, es decir, en territorio transvaalense, no sin haber sostenido empeñados combates. Los boers se han retirado con toda su artillería, para poner en salvo la cual el general Botha hizo las indicadas proposiciones de capitulación que le permitieron ganar tiempo.

Sábase ya por qué fué abandonada Pretoria, cuando era general la creencia de que opondría una resistencia desesperada. Los generales boers habían decidido defender la ciudad y el presidente Kruger aprobaba el plan de los jefes del ejército; pero el día 4 se advirtió que las tropas inglesas amenazaban ya la plaza por haber avanzado con mayor rapidez de la que se suponía, en vista de lo cual acordó evacuarla retirando las municiones y armas y casi todo el material móvil del ferrocarril.

Los ingleses á su entrada en Johannesburgo han podido convencerse de la falsedad de cuanto se decía acerca de los propósitos de los boers en lo relativo á las minas de oro; pues han encontrado una proclama de Kruger fijada en el exterior de aquéllas y en lugar visible, castigando con las mayores penas cualquier daño que en las mismas se ocasionara. Además, los directores de los trabajos en las minas de oro han declarado que éstas, así como todas las propiedades, han esta-



GUERRA ANGLO-BOER. — Sello de correos usado en Mafeking durante el sitio (de fotografía).

de Ministros, Mr. Schreiner, manifestó su propósito de presentar algunos proyectos de ley pidiendo un *bill* de indemnidad para los actos cometidos por las autoridades militares de aquella colonia; otro para recompensar á los colonos leales y otro para castigar á los rebeldes. A consecuencia de esto dimitieron desde luego los Sres. Merriman, tesorero general, y Sauber, ministro de Obras Públicas, que juzgaron improcedentes las rigurosas medidas propuestas por el presidente, el cual ha presentado también la dimisión en vista de lo mal acogidos que han sido sus proyectos. Esta crisis tiene grandísima importancia,



GUERRA ANGLO-BOER. — Moneda transvaalense de un penique con el busto del presidente Kruger y las armas del Transvaal

pues revela en la colonia del Cabo un espíritu no muy favorable á Inglaterra, lo cual parece dar ciertos visos de seguridad á las noticias de que el general Warren ha pedido refuerzos para continuar la campaña contra los afrikanders sublevados y de que diariamente salen del Cabo numerosos destacamentos que van á unirse á los boers de Orange.

Sir John Murley, individuo del Consejo privado de la reina Victoria, ha pronunciado un discurso en Oxford censurando en términos duros la conducta del gabinete británico en el Africa del Sur y diciendo que la política personalísima de Chamberlain, que es la que inspira la de todo el gobierno, ha despertado los odios de raza en aquellos territorios africanos.

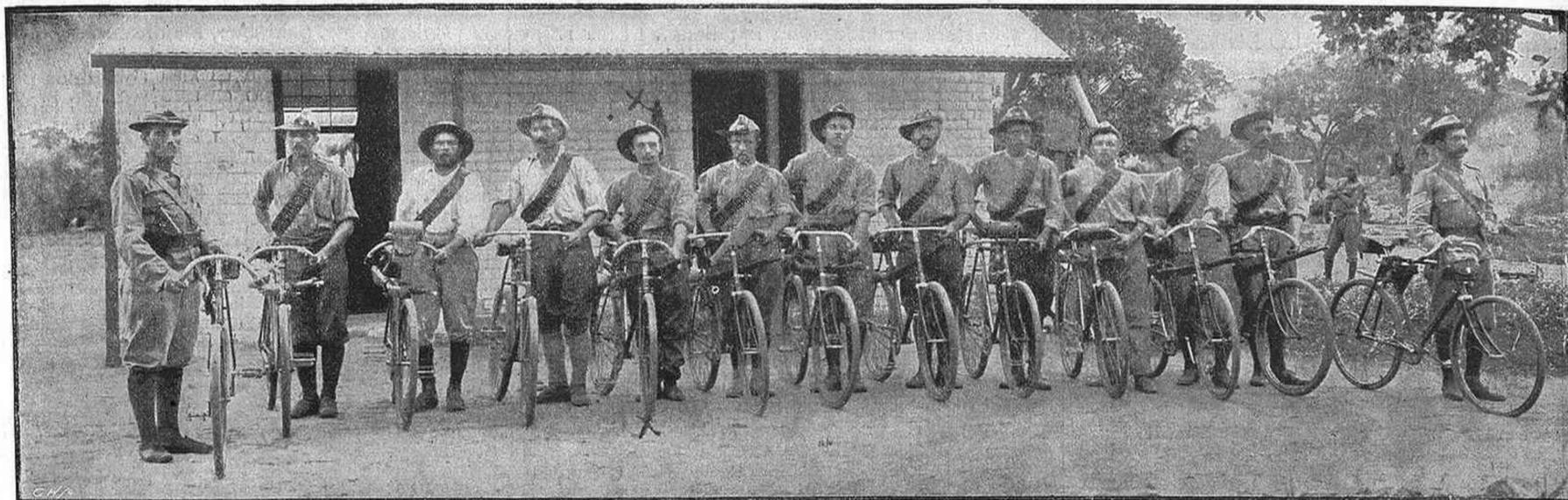
Los periódicos ingleses comienzan ya á preocuparse de lo que habrá que hacer en los territorios nuevamente conquistados, y no deben estar muy seguros algunos de ellos de que el gobierno adopte el régimen más conveniente á los intereses de Inglaterra en el Africa austral, cuando los más importantes no se cansan de aconsejar la mayor prudencia: «Si tratamos á los boers, dicen, como conquistadores, no es fácil que lleguemos á dominarlos por completo; en cambio, si tenemos para con ellos las debidas consideraciones y los gobernamos paternalmente, no ha de sernos difícil



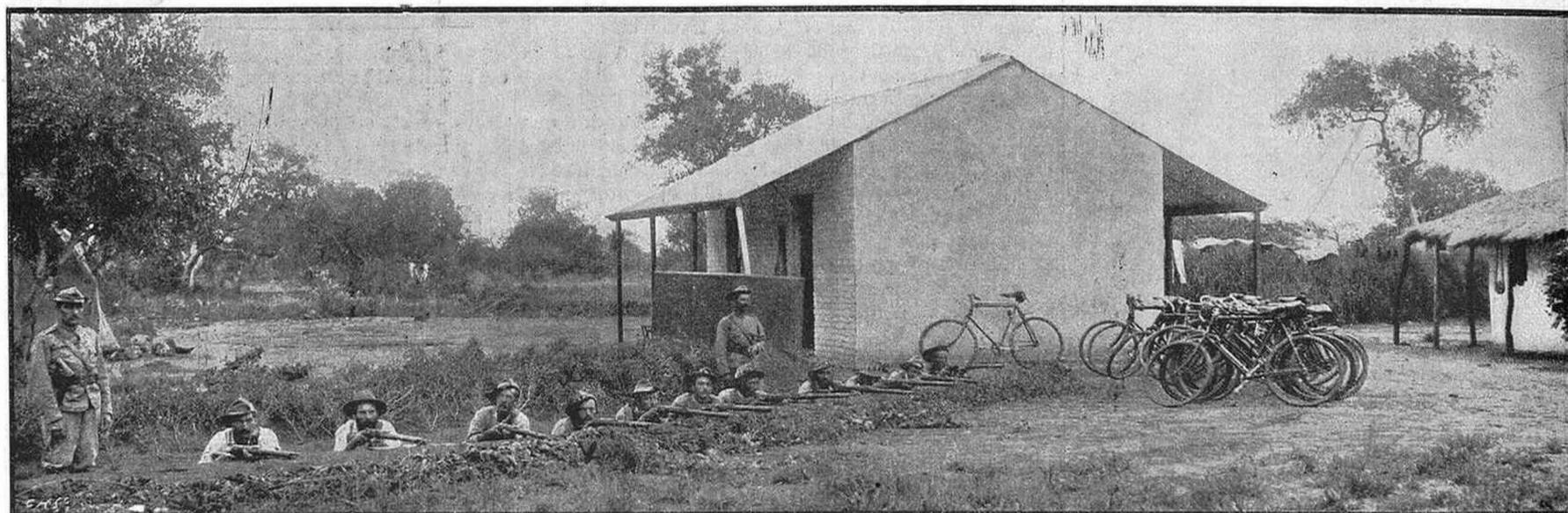
GUERRA ANGLO-BOER. — Papel moneda creado en Mafeking durante el sitio (de fotografía)

do mejor guardadas durante la guerra que antes. En la colonia del Cabo ocurren sucesos que entrañan cierta gravedad. En una reunión recientemente celebrada por el gabinete, el presidente del Consejo

atraernos poco á poco á ese pueblo que tantas muestras ha dado de su valer.» ¿Se impondrán estos temeramentos de concordia? Algunos ejemplos que en su historia nos ofrece Inglaterra permiten dudarlo.--A.



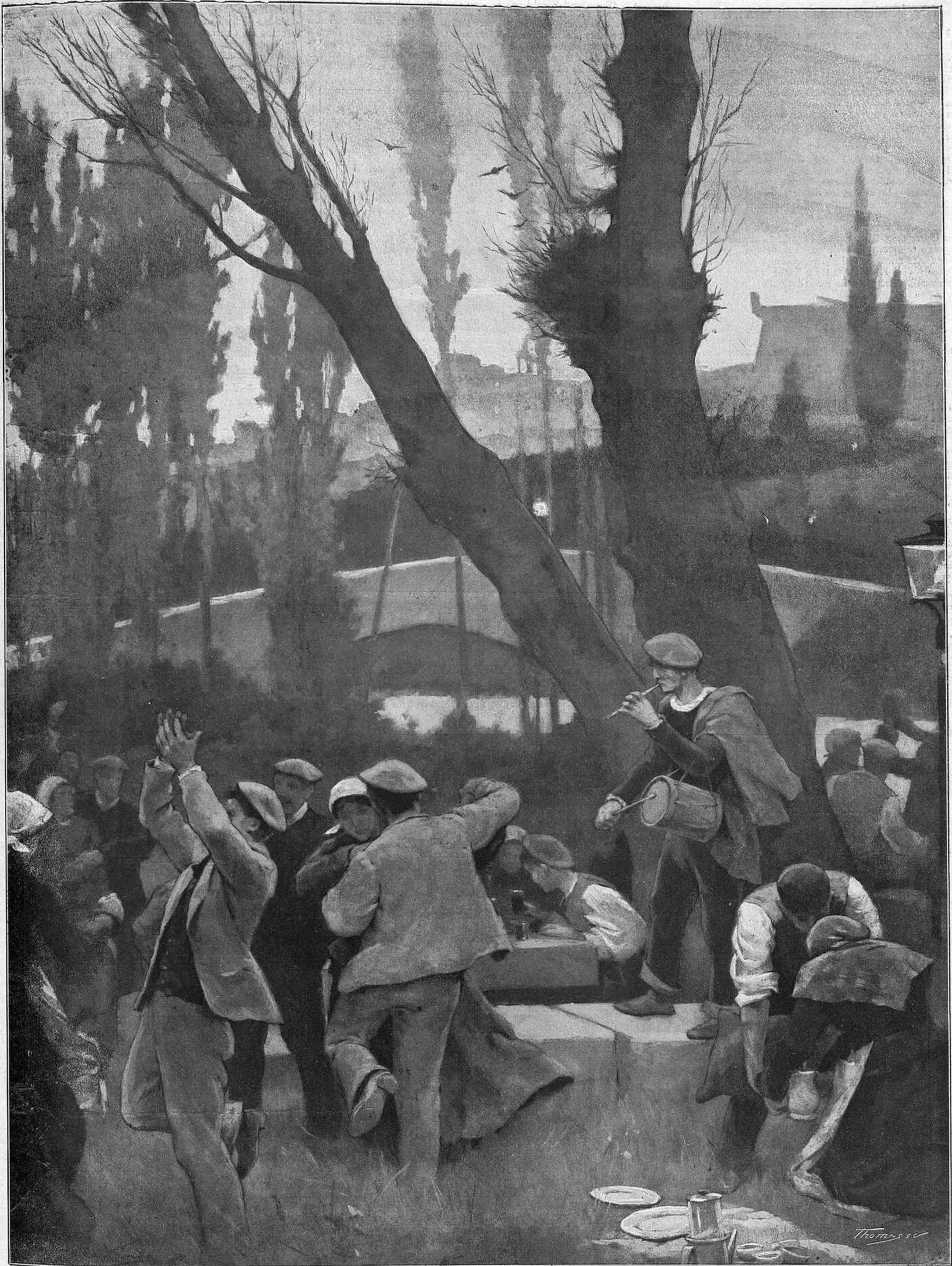
GUERRA ANGLO-BOER. - SECCIÓN DE CICLISTAS AGREGADA AL CUERPO DE VOLUNTARIOS DE RHODESIA



GUERRA ANGLO-BOER. - SECCIÓN DE CICLISTAS AGREGADA AL CUERPO DE VOLUNTARIOS DE RHODESIA. CICLISTAS DESMONTADOS HACIENDO FUEGO DESDE UNA TRINCHERA (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. - SOLDADOS INGLESES CONFISCANDO LOS BIENES DE UN BOER, dibujo de R. C. W. de un croquis de Mr. Melton Prior



ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

LA SANJUANADA, dibujo original de Vicente Cutanda

NUESTROS GRABADOS

Llegada á Barcelona de los voluntarios filipinos del batallón Blanco ó de Macabebes.—D. Eugenio Blanco, coronel del batallón de voluntarios filipinos de su nombre.—En medio de los grandes sinsabores por que ha pasado nuestra patria durante las últimas guerras coloniales, que han sido causa de la pérdida de nuestras posesiones de América y Oceanía, algunas notas, pocas por desgracia, han podido servir de gran satisfacción y consuelo á los que con honda pena veían las defecciones de los que por espacio de tantos siglos vivieron bajo la soberanía española. En los momentos de desgracia es cuando más se aprecian las muestras de afecto; en los días de abandono se prueban la lealtad y la adhesión verdaderas. Y si estas muestras de afecto, esa lealtad y esa adhesión proceden de quienes, al parecer, menos obligados venían á ellas, su valor sube extraordinariamente de punto y esos nobles sentimientos merecen mayor gratitud y, si es preciso, mayor recompensa.

Sugiérenos estas reflexiones la llegada á Barcelona del batallón de voluntarios macabebes y de su dignísimo coronel don Eugenio Blanco, que vinieron en dos expediciones, en el vapor *León XIII* unos y en el *Alicante* otros: con estos últimos vino el citado jefe. Esos valientes y leales filipinos lucharon contra sus propios hermanos de raza defendiendo á la que para ellos era y sigue siendo la madre patria; y al perderse para ésta las hermosas islas del Pacífico no vacilaron en abandonar el suelo en que nacieron y en donde tenían sus afecciones y sus intereses para continuar sirviendo como soldados bajo los pliegues de la bandera de España.

Sean bienvenidos los que tan dignamente se han conducido, los que tan heroicamente han luchado, y ojalá encuentren aquí motivos para olvidar las amarguras sufridas y la debida recompensa que les indemnice de los perjuicios que su expatriación les ha ocasionado.

D. Eugenio Blanco, nacido en Filipinas, de padre español, cuenta treinta y tres años y se ha conquistado los grados y condecoraciones que ostenta luchando primero contra los insurrectos filipinos y más tarde contra los norteamericanos. Con su hermano D. Agustín organizó una guerrilla de voluntarios que luego llegó á ser el batallón de su nombre y á contar 1.600 hombres. Los voluntarios macabebes cubriéronse de gloria en Cavite, Batangas, Bulacán, la Pampanga, Zambales y Bataán, siendo innumerables las acciones en que tomaron parte: en la de Talisay vió el Sr. Blanco morir á su hermano D. Joaquín, capitán de nuestra infantería. En la de Binacod (Bulacán) fué herido de dos balazos: en la de Camansí (Monte Ararat), no solamente se batió con bizarría el Sr. Blanco, sino que se hizo cargo de las familias de los muertos de sus compañías de voluntarios, repartiendo pródigamente recursos entre los que, bajo el amparo de su prestigioso nombre y á sus expensas, combatían por la causa de España.

Después de esta acción se le concedió la gran Cruz Roja del Mérito Militar.

En su casa de Macabebe tuvo á la familia del general Agustín, que salió de Manila por temor al bombardeo de los yanquis, desde fin de abril á últimos de junio. En este último mes fué sitiada Macabebe por numerosas fuerzas insurrectas de Bulacán, Pampanga y Bataán, y bombardeada con piezas de 8 y 9 centímetros. Sólo había para la defensa unos 600 soldados peninsulares, al mando del general Monet, sin artillería, y los voluntarios de Blanco.

Aguinaldo creía tener segura la prisión de éste, del general Monet y de la familia Agustín. Se acababan las municiones á los defensores de Macabebe. Todos los peninsulares salieron por esteros á la bahía de Manila. La familia del general llegó á la capital. Blanco cayó prisionero con el cañonero *Leyte*, evadiéndose después de Cavite, y llegó por mar á Manila, tomando parte en su defensa en la línea avanzada, hasta la capitulación.



DON EUGENIO BLANCO, coronel del batallón de voluntarios filipinos, conocido por Batallón de Blanco ó de Macabebes (de fotografía de Laureano).

Al salir los españoles de Macabebe, los voluntarios quedaron defendiendo el pueblo; como ya no tenían cartuchos, enterraron los fusiles, y con *bolos* y lanzas contuvieron aún durante cuatro días á las numerosas fuerzas insurrectas que les sitiaban, arma-

dos de fusiles modernos, rifles y con ocho cañones, entrando á fin éstos en el pueblo con la condición de respetar vidas y haciendas de los que quedaban. El número de bajas de los insurrectos fué enorme, y cuatro veces mayor que las que sufrieron los leales voluntarios.

Otras muchas acciones de guerra pudiéramos reseñar en las que tomaron parte Blanco y sus macabebes; recientemente el Gobierno yanqui le ofreció el grado de general, oferta que fué rechazada con energía por el valiente patriota.

España lo nombró gobernador de las islas Marianas; viéndose obligado por orden del Gobierno á cobrar la contribución á sus naturales, el Sr. Blanco la satisfizo de su bolsillo particular, teniendo después la amarga pena de hacer entrega de aquellos islotos al Gobierno alemán.

El Sr. Blanco y los jefes y oficiales de su batallón salieron el día 14 para Madrid, y es de esperar que el gobierno sabrá premiar debidamente los valiosos servicios que han prestado á España.

**

La sanjuanada, dibujo original de Vicente Cutanda.—El notable dibujo que reproducimos, inspirado en un cuadro de costumbres del país vasco, cual es el de celebrar la festividad de San Juan, ha de considerarse como otra bellísima página que ha aportado al libro destinado á recordar la vida de las provincias del Norte el laborioso y laureado autor de *Una huelga*, *Epílogo*, *La virgen del taller*, y tantos otros de carácter social, que retratan nuestra época y que condensan un himno al trabajo y de amor á la humanidad.

Cutanda, además de artista de grandes alicios, se ha revelado como profundo pensador, y en este período de positivismo y divagación aplauso merece quien como él aporta el caudal de sus envidiables aptitudes para rendir culto al trabajo, glorificándolo en su forma que más respeto merece, sin incurrir jamás en las exageraciones de escuela.

**

Las cigarras, cuadro de L. Alleaume.—Es realmente curioso lo que ha sucedido con la célebre fábula de *La cigarra y la hormiga*: cuando prevalecían las tendencias idealistas, se ensalzaba la laboriosidad y el espíritu de ahorro de esta última y se calificaba en los más duros términos el descuido y la holgazanería de la primera; y en cambio hoy, en esta época llamada positivista y materialista, se ha rehabilitado á la que se pasó el año entero cantando, considerándola como símbolo de la noble poesía, y se estima como prototipo de sordidez y de egoísmo á la que tanto se afanaba en acopiar provisiones en su granero. El distinguido pintor francés Alleaume contribuye por su parte á esta obra de rehabilitación de la cigarra, ofreciéndonos en su cuadro esas dos bellísimas figuras que en actitud perezosa sobre la verde hierba pasan agradablemente las horas de la calurosa siesta entregadas al placer de la música.

LA CREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es á la vez que la más eficaz, la más barata de todas las Cremas.



BARCELONA. — LLEGADA DEL BATALLÓN DE MACABEBES EN EL VAPOR «ALICANTE» EL DÍA 8 DE ESTE MES.

GRUPO DE MACABEBES Á BORDO POCO ANTES DEL DESEMBARCO (de fotografía de Laureano)

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Elena subió á sus habitaciones. La idea de la mentira que iba á tener que continuar sosteniendo en presencia de su cuñado la atormentaba.

Nuestro hombre prosiguió en su interrogatorio: — ¿Nos excusó usted con ella, verdad? A Carmen le era materialmente imposible ir á abrazarla, como hubiera deseado. Nuestra partida tiene que ser for-

aqueellos dos días, se acostó y se durmió en seguida profundamente, para soñar con su hijo y su esposo. No sucedía lo mismo en el cuarto de Carmen. A través del tocador que lo separaba de la habita-



Jorge había levantado el niño en sus brazos

En el primer ardor de su abnegación, no había pensado en ello; pero ahora que la necesidad exigía este nuevo sacrificio, la hacía sufrir.

Para alejar tan penosa obsesión se puso á escribir una extensa carta á su marido, en que vertió, como de costumbre, lo mejor de su alma.

La campana de la comida le sorprendió en el momento de poner el sobre.

Apresuróse á bajar al comedor.

Encontró á Saint-Hyrieix preocupado.

Sin embargo, el diplomático hizo á Elena su cortés y afectuosa acogida de todos los días.

— ¿Qué tal, mi querida Elena? ¿Ha tenido usted buen viaje?

— ¡Excelente!, contestó ella con voz algo temblorosa.

— ¿Y qué le aconseja mamá?

— ¿Mamá?..

— Sí... ¿Aprueba el consejo que yo le he dado á usted, relativamente al proyecto de seguirnos á la Guayana?

— Piensa..., como yo..., que ese proyecto tentador no es realizable. Además, el estado de salud de Fanfán no me permitiría ir con ustedes á la Guayana, ni á Panamá á ver á mi marido. Sin contar con que tan súbita determinación sorprendería á Jorge, que no la aprobaría quizá.

— Sí, tal vez la condesa tiene razón; y usted también. Pero ¿se queda usted sola en París ó irá á Penhoet con el niño, á vivir al lado de su suegra?

— Aún no sé lo que haré. Llevaré probablemente á Fanfán á pasar una temporada con la abuela; pero no en seguida, dentro de un par de semanas.

— ¿Y qué dice, qué piensa de nuestra marcha?

Elena se puso encendida como un ascua y murmuró: — Pues... nada..., debe alegrarse de lo que usted adelanta en su carrera.

— ¿Recibió nuestro telegrama?

— ¿Su telegrama?

— Sí; el que le enviamos y que debió recibirse poco tiempo después de haber usted llegado á Penhoet.

— ¡Ah, sí, sí..., naturalmente!, murmuró Elena cada vez más turbada.

Saint-Hyrieix no reparó en aquella turbación.

zosamente mañana. Tomamos el rápido de Marsella, que sale á las seis de la tarde, y nos embarcamos inmediatamente después de nuestra llegada. Hemos tenido que despedirnos por cartas. No haremos ninguna visita... La condesa ha debido comprenderlo todo al recibir mi telegrama. Le escribiremos de nuevo, si no de Marsella, á bordo. ¿Comprendió bien la situación, no es cierto?

— Sí..., sí..., perfectamente.

— A propósito, ¿no le ha confiado á usted nada acerca del poder que yo tenía que enviarle?

— No... Le escribiré á usted, sin duda.

— Hubiera podido decir á usted si aprueba el arreglo que yo le propuse tiempo atrás y de que vuelvo á hablarle en mi telegrama.

— ¡Nada me ha dicho!

— ¡Es extraño!

Saint-Hyrieix se había levantado y se paseaba de extremo á extremo del salón, silencioso y pensativo.

Probablemente sus ideas cambiaron de rumbo, porque no insistió sobre el asunto de que había estado hablando con Elena.

— ¡Oh, perdóname!, decía Carmen en voz baja á su prima. Perdóname toda la pena que te ocasiono... ¡Se acabó ya! Me has salvado... ¡Gracias, gracias, hermana mía!

De pronto, Saint-Hyrieix, interrumpiendo su silencioso paseo, se detuvo delante de las dos mujeres.

Elena creyó que iba á volver á empezar el suplicio de su interrogatorio.

Carmen intervino con rapidez.

— Mi querido Fermín, Elena está muy cansada de su viaje... Y nosotros tenemos mucho que hacer mañana, como último día... ¿Quieres que nos retiremos?

— ¡Con mucho gusto!, contestó él.

Pero á Elena le pareció que pronunciaba estas palabras con un acento extraño.

— ¡Bah!, pensó luego. ¡Estoy loca! El espanto me trastornó.

Y apartando aquel pensamiento, dió un beso á Carmen, estrechó la mano que le tendía Saint-Hyrieix y subió á su cuarto.

Quebrantada por las fatigas y las emociones de

ción de su marido, le oía ella ir de un lado á otro con evidentes señales de agitación.

¿Qué hacía?

¿Por qué no se acostaba?

¡Terrores de la esposa culpable, á quien atormenta el incidente más vulgar, á quien espanta el acto más insignificante!

Sin duda Saint-Hyrieix arreglaba las cosas indispensables para un cambio de vida tan brusco y completo, en vísperas de alejarse de Francia tal vez por mucho tiempo.

Pero la esposa culpable no pensaba más que en su crimen, temblando de miedo por si algo sospechaba su marido.

Sin embargo, nada tenía ya que temer.

Roberto aceptaba el doloroso sacrificio.

Pero ¿y su hijo?.. ¡Marcelino!..

Desde el punto de vista material, se habían tomado todas las precauciones. Roberto se quedaba al lado del niño. Elena le había prometido ocuparse de la pobre criatura, que en aquel entonces estaba en un buen colegio de las inmediaciones de París, y en ausencia de Jorge le era fácil verlo á menudo y velar por su porvenir.

Y aun después del regreso de Jorge no le faltarían medios de ocuparse del pobre niño.

¿No podía decir á su esposo que era el hijo de una amiga difunta, confiado á su afecto por la pobre madre en el momento de expirar?

Con su padre y una segunda madre, nada había que temer por Marcelino.

A pesar de todo, Carmen lloraba, pensando en que al niño le faltarían los besos de su madre...

Creería sin que ella le viese, sin aprender á amarla, sin que, poco á poco, cuidándole día por día, hora por hora, consolando sus penas infantiles, sonriendo á sus triunfos escolares, lograra hacer germinar en aquel corazón que le pertenecía ese amor filial que arraiga tan fuerte, que raros son los hombres, aun cuando hayan envejecido en las luchas de la vida, que puedan pronunciar sin emoción el nombre de madre.

En aquel momento cruzó por su mente una idea súbita.

Había que preverlo todo; había que borrar todas

las trazas de aquel pasado culpable..., tan culpable como feliz.

Era preciso que no se llevase en su equipaje nada que pudiese un día convertirse en indicio ó prueba de su falta.

Silenciosamente se levantó, echó el cerrojo de la puerta á fin de que no pudiese nadie sorprenderla, y sacó un cofrecito que tenía guardado en el cajón secreto de un mueble.

Vaciló un instante en abrirlo.

Por último, bruscamente, en un arranque de desesperación, llorando muy quedo á fin de que no la oyese su marido, ahogando en su pañuelo los sollozos que le desgarraban el corazón, sacó una por una todas aquellas fruslerías, todas aquellas reliquias, tan preciosamente conservadas hasta entonces.

¡Al fuego! ¡Al fuego... las cartas apasionadas, con sus promesas, sus juramentos, sus ilusiones!

¡Al fuego el retrato de Roberto!.. ¡Al fuego, después de haberlo contemplado largo rato, después de haber besado cien veces aquellas facciones nobles y altivas!

¡Al fuego!.. ¡Pronto, pronto!.. El marido pudiera sorprenderla.

¡Al fuego también el retrato del niño!..

¡Al fuego las cartas de la nodriza, los boletines semanales del director del colegio, las cuentas del médico de cuando había estado Marcelino tan gravemente enfermo!.. ¡Al fuego todos aquellos pedazos de papel, que le parecían pedazos de su alma!

Y se le partía el corazón al ver cómo la llama devoraba con avidez aquel amoroso pasado que contenía su vida entera.

¡Ay, qué doloroso, qué terrible sacrificio!.. ¡Casi un suicidio!

¡Sí! ¡El honor de la familia iba á estar salvo! Pero ¿qué iba á hacer ella en este mundo, unida á aquel marido á quien nunca había amado y á quien todavía odiaba más ahora á causa de sus indecibles sufrimientos?

Sin embargo, si hubiese podido verle en el momento en que se formaba en su cerebro aquel torbellino de ideas, quizá su odio se hubiese convertido en verdadera piedad.

Saint-Hyrieix no pasaba aquella última noche en preparativos de viaje, como su mujer creía.

Al amanecer aún leía por centésima vez una carta groseramente escrita, que el portero le había entregado con la demás correspondencia en el momento de regresar al hotel.

Sentado á la mesa de su despacho, con la cabeza entre las manos, la leía y volvía á leerla, como si á pesar del tiempo que llevaba descifrándola no pudiese llegar á entenderla bien.

He aquí lo que contenía aquella carta:

«Sr. de Saint-Hyrieix: Tengo el honor de enterarle que cuando ha una la despiden injustamente llamándola ladrona, siendo una criada onrrada que siempre fué mal tratada por usted lo mismo que por la señora y por consiguiente tan poco debe tener consideración ninguna y puesto que me hechan como un trapo viejo, que no lo merezco, quiero probarle que valgo tanto como usted y que puedo hir con la cara muy alta lo que no puede acer lo mismo la señora.

»La prueba que no tiene usted más que seguir ha la señora cuando va buscar las cartas de su amante al correo de la plaza de la Bolsa, y asta lo saben todos los criados del barío de Bolonia que se rrien del señor.

»Tengo el honor de saludar á usted con respeto i sumisión por más que maya despedido i insultado injustamente sin darme tiempo para na, ELVIRA DE PAPIIN.»

La carta era una ignominia, pero la delación era clara y terminante.

Y no era anónima, sino que iba firmada por quien podía saber los secretos de Carmen.

Aquella Elvira era su criada, despedida de la casa semanas atrás.

En el momento de marcharse, como inspirase poca confianza á la señora, se le ocurrió á ésta subir á su cuarto á registrarle el equipaje, y le encontró el baúl lleno de objetos robados, principalmente ropa blanca.

Al enterarse de ello, el Sr. de Saint-Hyrieix quiso entregar la ladrona á la justicia.

Pero su mujer se opuso, considerando que la culpable quedaba bastante castigada con el descubrimiento de su falta y el bochorno que había pasado en presencia de la demás servidumbre. Saint-Hyrieix se contentó con despedirla.

Y la infame se vengaba ahora de aquella generosidad y de aquella indulgencia.

Era un golpe brutal, pero certero, al corazón de Saint-Hyrieix.

En vano éste quería dudar.

No tenía más que seguir á Carmen al sitio designado para convencerse.

Pero al día siguiente salían de París.

¿Iría su mujer al correo?

Probablemente los amantes se habían dado la última despedida.

¿No valía más callarse, disimular, fingir, no saber nada?

Si Carmen tenía un amante, lo abandonaba, para no volverlo á ver.

Es verdad.

Pero no por eso resultaba menos engañado él, Saint-Hyrieix.

No por eso eran menos sangrientos el ridículo y la mofa.

La carta lo decía en sus términos groseros: ¡hasta los criados se reían de él!

¿Qué no harían los señores?

A esta idea, el esposo ultrajado ardía en cólera.

De pronto sonó un violento campanillazo en la reja, turbando bruscamente el silencio y el reposo de la noche.

Otros campanillazos siguieron, á cual más fuerte. Y una robusta voz risueña gritaba en la calle:

— ¡Vamos, perezosos!, ¡arriba!

Al mismo tiempo, se oían las risotadas del cochero, que bajaba una maleta del imperial de un *fiacre*, contento, sin duda, de la propina que le acababan de dar.

¡Drelín, drelín, drelín!..

La campanilla tocaba ahora sin interrupción.

El portero se asomó á su ventana, con gorro de dormir:

— ¡Allá voy! ¡Demontre! ¡Deje usted que me ponga los pantalones!

Desde el primer piso se podía ver al que llamaba. Entreabrióronse dos ventanas: la de Carmen y la de Elena.

— ¡Cielos!.. exclamó Carmen. O mucho me engaño, ó es...

— ¡Sí, señora!, gritó el portero abriendo la reja, ¡es el señorito!..

— ¡Jorge! ¿Es posible?... dijo á su vez el diplomático, que, en aquel momento, casi se olvidó de sus angustias.

— ¡Ah!.., gritó Elena, sin poder articular otra palabra, pálida de emoción, mientras que ardientes lágrimas inundaban su rostro.

Y se agarraba con todas sus fuerzas á la barra de apoyo de la ventana, por no caer bajo el peso de su felicidad.

— ¡Tú!.. ¡Usted!..

¡Abrazos, apretones de mano, besos, interjecciones, gritos, lágrimas!

Elena, en brazos de su esposo, repetía maquinalmente:

— ¡Tú!, ¡tú!..

Lo mejor de un viaje es el regreso.

Cada cual hacía sus observaciones sobre el viajero.

— ¡Qué moreno!

— ¡Qué buen semblante!

— Ha engordado.

Y era verdad.

Sus ojos eran más expresivos que antes de marcharse; sus facciones, más viriles y más acentuadas.

— ¿Por qué no avisaste tu llegada?, preguntó Carmen.

— No he podido. Figúrense ustedes que me encontraba en el muelle de Colón con Neville, mi asociado. Habíamos ido para un asunto importante, que creíamos muy difícil de arreglar y que ventilamos sin dificultad ninguna. Estábamos satisfechos, y Neville, sobre todo, estaba loco de alegría. Todo allí marcha, en efecto, para nosotros á pedir de boca.

Nos disponíamos á volver á nuestros talleres, cuando nuestra mirada se fijó en un transatlántico que se disponía á partir. Me dieron envidia los viajeros que se embarcaban para Francia... Iban á abrazar á sus amigos, á sus mujeres, á sus padres, mientras que yo me quedaba allí, á miles de leguas de los seres que amo. Parece que de pronto se desprendieron de mis ojos dos lágrimas como puños. Entonces Neville me cogió del brazo, me hizo saltar á un bote y me llevó consigo á bordo del vapor. «Amigo mío, me dijo, el temor á la fiebre amarilla es el principio de la prudencia. Si no vas á darte una vuelta por Francia, te cogerá el tedio y la fiebre después. Anda, pástate allí una temporada. Por ahora, tu presencia no es aquí indispensable. Y si fuese necesario, yo te escribiría. Llevas dinero encima para el pasaje. Además, aquí tienes mi cartera. Te cargaré en cuenta el contenido. No lo pienses más. Ya has anunciado telegráficamente tu viaje una porción de veces, y siempre ha surgido de pronto algún asunto que lo ha impedido. Aprovecha la ocasión. Esta vez no telegrafíes, pero vete. ¡Hasta la vista!» Y aquí tienen ustedes

cómo, sin más equipaje que lo puesto, con mi traje de Panamá, enteramente á la americana, he venido de Colón á Saint-Nazaire. Desde la Martinica, desde Fort-de-France, donde el buque hace escala, quise telegrafiar. Pero vean ustedes qué fatalidad; el cable estaba roto. Una vez en Saint-Nazaire, pensé que no valía la pena de prevenirles y que era mejor dar á ustedes una sorpresa. Tomé el expreso y aquí estoy.

— ¡Ah!, suspiró Saint-Hyrieix cuando las exclamaciones provocadas por el relato de Jorge hubieron empezado á calmarse; su hermana de usted no tendrá la dicha de pasar mucho tiempo en su compañía, pues llega usted, mi querido Jorge, en el momento en que partimos de Francia.

— ¿Parten ustedes?

— Esta noche misma, en el expreso de Marsella, donde nos embarcaremos mañana.

— ¿Adónde van?

— A la Guayana, para cuyo punto llevo una misión importante.

— ¿Y se lleva usted á Carmen?

— Por supuesto. Al aceptarme por esposo, su hermana de usted no ignoraba que mi carrera me obligaría á expatriarme á menudo.

— Y no vacilo en acompañarte, amigo mío, interrumpió Carmen. La vuelta inesperada de mi hermano hace que sienta la prontitud de nuestra marcha; pero sé que no es posible retrasarla, y si tienes riesgos que correr ó penalidades que sufrir lejos de Francia, sé que debo compartirlas contigo.

— Agradezco esos sentimientos, mi querida Carmen... Son propios de una esposa fiel y amante, como tú...

Esto diciendo, el rostro de Saint-Hyrieix, que se había contraído momentos antes, recobró la aparente serenidad que reflejaba desde la llegada de Jorge.

En cuanto á éste y Elena, candidamente egoístas como todos los enamorados, á pesar de su tierno afecto para con Carmen y su cuñado, parecían preocuparse poco de aquella próxima separación.

Se sentían anegados en el placer inmenso de verse juntos, cogidos de las manos, mirándose mutuamente en las niñas de los ojos.

— ¿Y Fanfán?, preguntó Jorge... ¡Hábleme de él!

— Vive siempre con tu madre... El aire del mar era necesario para su salud. Pero está muy robusto.

— ¡Lástima, interrumpió Saint-Hyrieix, que no haya sabido usted ayer la llegada de Jorge! Hubiera usted podido traerse al niño, y su padre hubiese tenido la alegría de abrazarlo más pronto.

— ¡Cómo! ¿Estuviste en Penhoet?, preguntó Jorge.

Elena sintió un frío mortal en el corazón.

— Sí, dijo vivamente Carmen, adivinando la angustia de su cuñada y temerosa de su torpeza en mentir. Saint-Hyrieix había propuesto vagamente á Elena que viniese con nosotros, y como de este modo se acercaba al sitio en que te encontrabas, quiso consultarlo con mamá... Pero pronto comprendimos lo imposible de esta combinación. Y debemos alegrarnos de no haberla realizado, porque hubieses encontrado la casa vacía.

— Confieso que lo hubiera sentido, dijo él sonriéndose. Entonces, Elena, has visto á mi madre. ¿Cómo sigue?

— ¡Bien, muy bien!, balbuceó Elena, temblando como si de pronto faltase el suelo á sus pies.

— Sus últimas cartas me hicieron sospechar, sin saber por qué, que se encontraba enferma.

— Tengo que ir á probarme un vestido, dijo Carmen con una volubilidad desmentida por la expresión de sus ojos y asustada del trastorno que observaba en Elena; iba á rogarte que me acompañases, hermana mía; pero...

— ¡Oh, no me la quites!, dijo Jorge con voz llena de ternura.

— Está bien, señor tirano; respetaremos tus derechos. Pero volveré pronto, á fin de pasar con vosotros el poco tiempo que nos queda.

— Puesto que sales, Carmen, ¿quieres que te lleve en mi cupé? Voy al ministerio, á saludar por última vez al jefe. Te dejaré donde quieras.

— ¡Bueno!, en la calle Royale.

Y tendiendo la frente á su hermano, puso sus labios en los de Elena, en tanto que Saint-Hyrieix bajaba á decir que avanzase el coche.

— ¡Ay, Carmen!, dijo Elena en voz baja. ¿Qué haré, qué diré, después que tú te hayas marchado, si Jorge, hablando con tu madre, descubre la verdad?

— ¡Bah!, no irá á Penhoet por ahora. Ya no se acordará de hablarle de todo esto. Si insiste, échame á mí toda la culpa.

Y volviéndose hacia Jorge, que contemplaba á su mujer, le dijo riéndose:

— Hermano mío, déjame un poco para luego.

Y corrió hacia su marido que, desde la meseta de la escalinata exterior, daba instrucciones al cochero.

Carmen mostraba estar muy contenta. El regreso de su hermano parecía haberla colmado de alegría. El coche echó á andar rápidamente por las largas y hermosas avenidas del Bosque, animadas ya por su aristocrática clientela de la mañana. Carmen miraba por todas partes y á todo el mundo con una especie de curiosidad infantil. Decía riendo que quería llenarse los ojos y la memoria de todos aquellos cuadros y escenas parisienses, hacer de todo una gran provisión para recrearse con su recuerdo allá, en la Guayana, tan lejos de París. Saint-Hyrieix había desplegado sobre sus rodillas un inmenso legajo de papeles, que estuvo examinando desde su casa, sin con-estar más que con monosílabos á la charla de su mujer. Sin embargo, su espíritu estaba muy lejos de la Guayana y de la política! — ¡No es posible!, pensaba. Carmen no podría reirse y parlotear de este modo si fuese culpable. Esa carta es una infame calumnia, dictada por el despecho. Es preciso estar loco para darle importancia. Tengo ganas de enseñársela y pedirle perdón por los tormentos que he sufrido desde ayer. — ¿Estarás de regreso en casa á la hora de almorzar?, preguntó ella de pronto. — Pienso que sí..., ¿y tú? — ¡Yo! Sólo he de ir á casa de mi modista. La última deuda que pagar... Luego... nada más... ¡Ah, sí! Pasaré por la plaza de la Bolsa á comprar en casa de Susse una buena provisión de papel para cartas, plumas, lacre, todo lo necesario para escribir cartas muy largas... muy largas... Y habré concluido. En seguida, me volveré á casa á fin de ultimar mis preparativos de viaje y pasar con Elena y Jorge las pocas horas que me quedan. Saint-Hyrieix pudo apenas articular unas cuantas palabras. Pareció abismarse otra vez en la lectura de sus papeles; pero sus labios estaban descoloridos y lívido su rostro. — ¡Va á la plaza de la Bolsa!, pensaba. Es evidente... La última carta... ¡La última cita quizá!.. ¡Y yo iba á humillarme delante de ella! ¡Loco de mí! La carta tenía razón. Mi deshonra es pública. ¡Mi deshonra y mi ridículo! ¡Y sólo con sangre se borra la deshonra y se lava el ridículo! Es preciso que yo sepa la verdad, suceda lo que suceda. El cupé se detuvo en la esquina de la calle Royale. Carmen se apeó ligera, graciosa, elegante, después de haber dado un apretón de mano á su marido. Subió á casa de su modista y pagó su cuenta. Otra vez en la calle, quiso tomar un coche, pero no pasaba ninguno desocupado. Echó á andar hacia la Magdalena. El tiempo era magnífico. Carmen siguió á pie la línea de bulevares hasta la calle Vivienne. Dobló la esquina y llegó á la plaza de la Bolsa. Iba pensativa. Dentro de pocos minutos volverían á estar en su poder todas las cartas que había escrito al hombre á quien se había entregado con amor loco. Todas aquellas hojas de papel amarillentas que habían recibido las confidencias de su alma, los juramentos de un amor eterno, sus ardientes confesiones, se las devolvía él, tal vez como otras tantas mentiras que no quería guardar por más tiempo. Ya no debía creer en aquellas protestas de su pasión. Sin embargo, todavía le amaba. Pero le faltó valor para afrontar la vergüenza, la ignominia, la desesperación de los suyos, la maldición de su madre... Todo esto representaba huir con él. Su cobardía le atormentaba. Y él hacía el último sacrificio, renunciando á todo lo que podía recordárselo. ¿La iba á olvidar entonces? ¡Oh, no; jamás! El Océano los separaría en breve; quizá no volverían á verse jamás; pero su amor viviría. No quería insistir en aquellos dolorosos pensamientos... Su frívola naturaleza no podía fijarse más que en la hora presente. Entró en la administración de correos, después de haber echado una mirada á su alrededor. — ¿Hay alguna carta á estas señas?, preguntó tendiendo con la punta de los dedos finamente enguantados un sobre de carta al empleado que había detrás del ventanillo de la lista de correos. El empleado — un viejo poco amable — tomó el sobre y leyó:

«Elena de Kerlor...»
Y murmuró, mientras examinaba un paquete de cartas que había sacado de una casilla marcada con una M:
— Mailliet... Menard... Mi... Mo... Molénes... Mon-
sin... ¡Ah!.. *Madame Elena de Kerlor. En lista. — Plaza de la Bolsa. París.*
Y después de comparar la letra de la carta con la



— ¡Dame esa carta!, le dijo fríamente casi al oído..

del sobre que le habían presentado, lo entregó todo á la interesada. Y como si temiera alguna tentación, bajó bruscamente el cristal del ventanillo. De modo que no pudo oír el grito de dolorosa inquietud que dió Carmen al coger con mano febril la carta que le acababa de entregar y metérsela en el bolsillo sin atreverse á abrirla todavía. — ¡Dios mío!, ¿qué habrá pasado?, pensaba. ¿Por qué no el paquete entero, como había prometido y jurado que lo enviaría? Carmen quedó sobrecogida, inmóvil, pálida. Al volverse, estuvo á punto de caer desfallecida. En el marco de la puerta entreabierta vió á Saint-Hyrieix que la miraba de un modo terrible. — ¿Usted aquí?, murmuró ella, procurando en vano disimular su turbación. El no contestó. La voluntad, tan poderosa en la mujer, trató de dominar la atroz ansiedad que le oprimía el corazón. Tuvo el valor de sonreirse bajo el velo, añadiendo: — ¿Entonces, volvemos juntos á casa, verdad? — ¡Dame esa carta, le dijo fríamente casi al oído, pero con rabia; dámela pronto, y sobre todo, fuera escándalo! Ella se quedó sin palabra. Su marido la había cogido por el brazo, y sus dedos la apretaban como unas tenazas. — ¿Has oído?.. ¡Quiero esa carta! — Me hace usted daño, caballero... Saint-Hyrieix estaba lívido. Hablaba en voz muy baja, echando espuma por los labios. — ¡Dame esa carta! — ¿Qué dice usted?, balbuceó Carmen. — ¡Esa carta!, ¡esa carta de tu amante! — ¿De mi amante?.. Y repitió también en voz muy baja: — ¿Ha dicho usted de mi amante? — ¡Sí! Y si no me la entregas inmediatamente, no respondo de mi cólera. Carmen sentía un sudor frío en la frente y un estremecimiento por todo el cuerpo. Se le apretaban los dientes, dejando apenas pasar la voz. De seguro, aquel hombre era capaz de todo. Estaba loco de rabia. Iba á matarla allí mismo, en el acto. Se veía en sus ojos. La mujer se creyó perdida. Apretaba convulsivamente entre sus dedos la carta fatal, que le abrasaba la mano.

¿Qué contenía aquel escrito? Ella lo ignoraba, pero con seguridad era su sentencia de muerte si la entregaba. Destruirla, ¡imposible! Saint-Hyrieix no le soltaba el brazo. De pronto se le ocurrió una idea. ¡Una idea salvadora! No se detuvo en meditarla. Se agarró á ella como por instinto, como se agarra á la primera rama que encuentra al alcance de su mano el que cae al fondo de un precipicio. El repetía casi estúpidamente, sin cansarse, dispuesto á pegar: — Señora, no apure usted mi paciencia. ¡Esa carta! — ¡Qué insensatez!, pudo ella decir al fin con voz ahogada. ¡Esta carta no es mía..., no es para mí!.. — ¡Démela! — Tome... Lea el sobre. Y se la tendió. El marido la cogió ferozmente y leyó la dirección. Su rostro adquirió de pronto una indecible expresión de asombro. — ¡Elena de Kerlor!, balbuceó. — Ya ve usted que no podía entregarle una cosa que no me pertenece. — ¡Elena!.. ¿Elena de Kerlor? La mano en que tenía la carta temblaba de modo que las letras del sobre bailaban ante sus ojos. — ¡Elena! ¡Elena de Kerlor!.., repetía como si no comprendiese las palabras que pronunciaba. Carmen le miraba con fijeza. Permanecían uno en frente del otro, pálidos, mudos, inmóviles. Ella, aterrorizada por el crimen que la fatalidad, el brutal instinto de la conservación le había hecho cometer; él, sobrecogido de estupor, casi de espanto. ¡Elena!.. ¡El ideal de la honra!.. ¡El ángel immaculado que parecía incapaz de hacer concebir un mal pensamiento, ni de inspirar la menor sospecha! ¡Elena un amante!.. Carmen comprendió por su mirada lo que pasaba en su mente. — ¿Pero qué sospecha usted de Elena?, preguntó casi con altivez, con toda la sangre fría que había recobrado de pronto. No es la primera vez que me envía á buscar cartas para ella, cuando no puede venir ella misma. Creo que se trata de una obra caritativa, de un pobre vergonzante á quien socorre, y no quiere que sepan... Saint-Hyrieix la miró de frente. Sus ojos parecían quererle escudriñar el fondo del alma. Ella soportó impávida el terrible examen. Vió pasar un rayo de alegría por la pupila de su marido y se sintió salvada. ¿Era posible? La infame denunciante había mentido entonces. Carmen era inocente. El horrible edificio de la traición se hundía. En vez del crimen anunciado, era otra obra buena que se revelaba, otra aureola de luz que añadir á la frente de una santa. Hizo ademán de devolver la carta á Carmen. Pero ésta, en la alegría de recuperarla, hizo un movimiento tan presuroso, que lo notó Saint-Hyrieix, á quien un resto de sospecha mordió en el corazón. — Está bien, dijo. Puesto que esta carta es para tu cuñada, se la entregaré yo mismo. Y metiéndola en su cartera dijo á su mujer: — Cuando gustes, volveremos á casa.

V
TORMENTOS DEL ALMA

Elena y Jorge hacía rato que descargaban el pecho en un tierno coloquio amoroso. — No puedes figurarte, Elena mía, el terrible purgatorio en que he vivido durante estos años de ausencia, en medio de todos los tormentos que á un hombre le es dado soportar; y cada uno de aquellos suplicios redoblabá á la idea de que tú también sufrías. — ¡Sí, amigo mío! Yo también he llorado mucho. Y sin embargo, tenía un consuelo de que carecías tú. Podía besar á nuestro hijo, á nuestro adorado Fanfán. — ¡Fanfán!.. Sí, yo también guardé, como tú, la costumbre de llamarlo así. Allá en Panamá, cuando rendido de fatiga en medio de enfermos y moribundos, acosado por el fantasma de la peste, me sentía desfallecer, pronunciaba los nombres de Fanfán y Elena, y en seguida recobraba ánimos. Pensaba que si sufría era por vosotros, y entonces me volvía otra vez infatigable, indiferente á todo lo que no fuese la misión que me había impuesto.

(Continuará)



REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. HOSPITAL ESPAÑOL

«La Sociedad Española de Beneficencia,» creadora y sostenedora del Hospital Español de Buenos Aires, es una de las entidades españolas radicadas en el país que mayores beneficios positivos ofrece al pobre enfermo, especialmente a los connacionales y a cuantos necesiten de los auxilios caritativos-médico-hospitalarios: sean de donde fueren, hablen el idioma que hablen, profesen la religión que profesen, los desvalidos todos, de todas las partes del mundo, que al hallarse en Buenos Aires llamen a la puerta de esta santa casa, son curados y tratados con el mayor esmero y confortados en sus desgracias respetando creencias ó casos de conciencia.

El «Hospital Español» honra en grado máximo a la colectividad española, porque a la magnificencia y grandiosidad del edificio une el mejor bienestar é higiene posible; amén de reunir cuantos adelantos, los más modernos de la ciencia médica, y cuantas comodidades son posibles y compatibles con la curación de las más terribles dolencias. Tan envidiables condiciones han valido a la sociedad benéfica los elogios más encomiásticos de las corporaciones médicas del país y de extranjeros visitantes, y algunos elogios de «La Asistencia Pública» y de la Municipalidad.

Está situado en punto elevado de la ciudad, ocupando toda una manzana: dando el frente al *boulevard* Belgrano y limitándole las calles Dean Funes, Moreno y Rioja.

Contribuyen al sostenimiento del Hospital, además de la cuota mensual de los socios y protectores, el «Banco Español del Río de la Plata» con el *uno por ciento* de las utilidades, donaciones particulares y las rentas de varias fincas que posee. Además, las autoridades del país también contribuyen con una

del consultorio de oftalmología y laringología; el Dr. Lizarralde tiene a su cargo una sala de hombres y otra de mujeres y consultorio de ginecología. Además el Dr. Albareda, de la facultad de Barcelona, presta sus servicios como médico interno y está encargado del consultorio de enfermedades generales. Este eximio personal, ayudado por cinco practicantes, atiende a maravilla todos los servicios del caritativo establecimiento.

El cuidado de enfermos está encomendado a gran número de empleados sirvientes y a las Hermanas de Caridad, las que tienen a su cargo el servicio sanitario y económico y salas de mujeres.

Una de las partes del Hospital que merecen especial mención es la sala de operaciones y las contiguas de desinfección y esterilización. Respondeen a las mayores exigencias de la ciencia moderna; construídas con verdadero lujo de detalles auxiliares, dotadas de un instrumental de

lo más moderno y completo, un verdadero arsenal quirúrgico procedente de las más acreditadas casas de París, cuyo valor asciende a más de *doce mil pesos*. Por término medio se practican de tres a cuatro operaciones diarias, lo que bien claro dice su importancia.

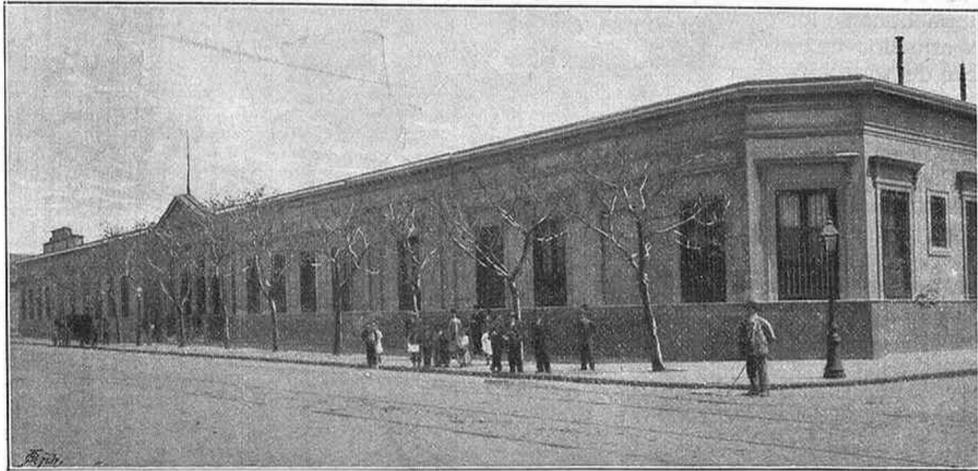
Los convalecientes tienen grandes patios-jardines llenos de arbolado, plantas y flores raras que embellecen aquel lugar de sufrimiento corporal; añadiendo que tanto las salas de Caridad como las hermosas celdas de primera y segunda clase están construídas con todas las comodidades y *confort* moderno, no encontrando nada que faltar al más delicado de los enfermos.

El año pasado fueron *mil ciento diez y nueve* los asistidos. Por la variedad de las nacionalidades es digno de anotar el detalle estadístico, que dice así: árabes, 5 hombres; argentinos, 62 hombres y 18 mujeres; alemanes, 1 hombre; austriacos, 10 hombres; españoles, 877 hombres y 126 mujeres; franceses, 12 hombres y 1 mujer; ingleses, 1 hombre; italianos, 21 hombres y 2 mujeres; orientales, 13 hombres y 1 mujer; portugueses, 1 hombre. Además durante el propio año se dió consulta gratis en el Hospital Español de Buenos Aires a más de 54.000 enfermos.

Actualmente una comisión de damas españolas y argentinas están recolectando fondos para dotar al Hospital de una capilla con pretensiones de iglesia, tal será su grandeza, cuyas obras ya empezaron y avanzan rápidamente.

Tales son los datos recogidos a vuela pluma: los que creemos más que suficientes para indicar la principal importancia de «La Sociedad de Beneficencia Española» y del Hospital Español, honra y gloria de nuestra colectividad en Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.



REPÚBLICA ARGENTINA. - Buenos Aires, Hospital Español. Fachada principal



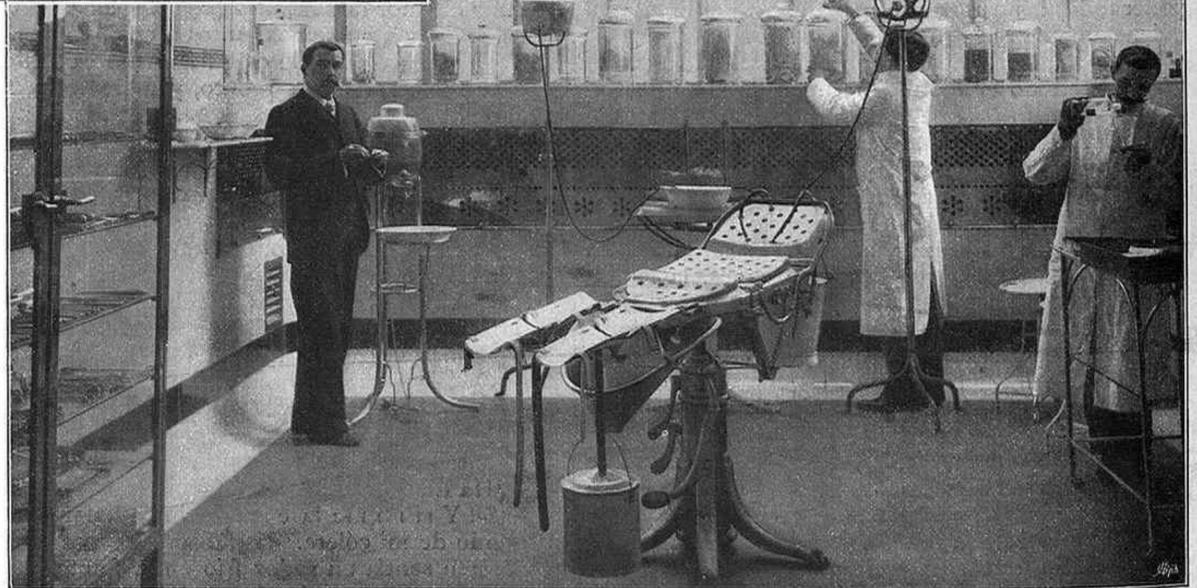
REPÚBLICA ARGENTINA. - Buenos Aires, Hospital Español. Una operación difícil

pequeña parte de los beneficios de la Lotería Nacional, que no baja de unos *cuatro mil pesos* anuales.

La administración está bajo la directa vigilancia del Directorio de «La Sociedad de Beneficencia Española,» compuesto de *nueve* asociados elegidos entre lo más notable y reputado del comercio español.

La organización médica es notabilísima, por cuanto los facultativos que forman su dotación son de los más caracterizados de la colonia, amén de la fama adquirida por sus aciertos, su saber y largos años de práctica, agregando, como cualidad especial, el profundo cariño y entusiasmo que todos ellos sienten por la filantrópica institución.

De muchos años atrás está confiada la dirección general al reputado y estimadísimo Dr. D. Justo Carlé, de la facultad de Barcelona; quien además de la visita general tiene a su cargo los pensionistas y el consultorio especialista de enfermedades cutáneas, venéreas y demás de las vías urinarias; el Dr. D. José Solá tiene a su cargo la cirugía en general y ginecología operatoria; procede también de la facultad barcelonesa; el Dr. don Pedro Caride es el cirujano adjunto y procede de la facultad de Buenos Aires; el Dr. D. Francisco Cobos, director por concurso del Hospital San Roque, tiene a su cargo dos salas de medicina de hombres y es especialista en enfermedades del estómago y pulmonares; el Dr. D. Juan Real, oculista muy notable y especialista en enfermedades de la laringe, nariz y oídos, está encargado



REPÚBLICA ARGENTINA. - Buenos Aires, Hospital Español. Sala de operaciones

LA VISTA DE LOS INSECTOS

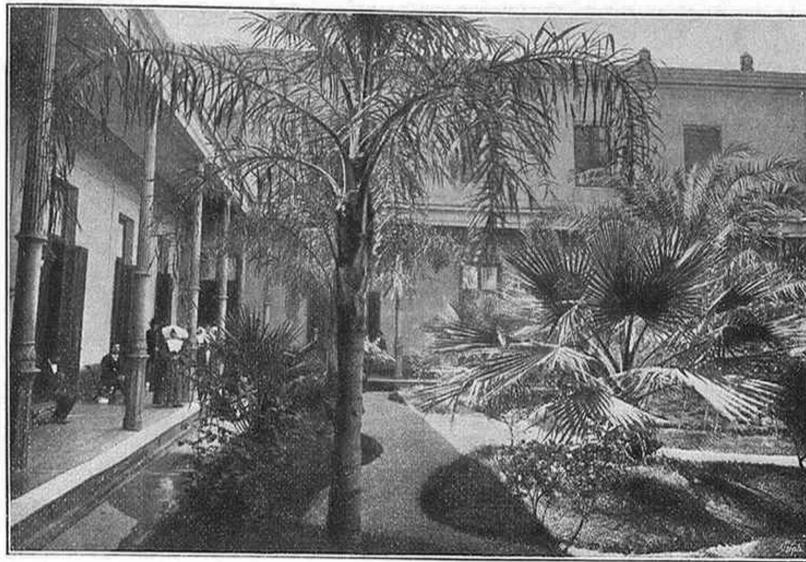
Un sabio naturalista francés, M. Félix Plateau, ha hecho recientemente numerosas observaciones para averiguar si los insectos, en sus visitas a las flores, se guían por los colores de éstas. La cuestión que había de resolver era la si-

guiente: cualquiera que sea la naturaleza de las percepciones visuales de los insectos, los animales de este género que visitan las flores, ¿se dejan guiar al escoger unas u otras por los colores que estas flores ofrecen al ojo humano?

La respuesta ha de ser necesariamente negativa. En efecto:

1.º En todos los casos en que el observador se ha puesto al abrigo de errores, á menudo cometidos, resultantes de diferencias en la forma, en el perfume, en la abundancia ó accesibilidad del néctar y del polen, y se ha estudiado la manera de conducirse los insectos respecto de las variedades coloradas de una misma especie, variedades en las cuales la disparidad de colores existe sólo como causa determinante, se ha visto que esos artrópodos demostraban una indiferencia total á la coloración.

2.º Si en una misma especie las variedades de colores distintos están en cantidades iguales, se ve á los insectos no sólo pasar sin orden de un color á otro, sino además, según el momento ó la duración de la observación, se les ve unas veces efectuar las visitas en números casi iguales á las diversas variedades, y otras manifestar una preferencia absolutamente aparente hacia un cierto color para, algún tiempo después, de-



REPÚBLICA ARGENTINA. — Buenos Aires. Hospital Español. Gran patio de 2.ª clase

mostrar una preferencia tan ilusoria como la anterior por un color distinto.

3.º Si en un grupo de flores de la misma especie las variedades coloradas están representadas por cantidades desiguales, se comprueba, si la observa-

ción ha sido suficientemente larga, que el número de visitas de los insectos á la mayor parte de los colores son casi proporcionales al número de flores de los mismos colores.

La pretendida predilección por ciertos colores, por consiguiente, no existe. Los mismos insectos se encargan de demostrar que todos los colores de las corolas ó de las inflorescencias les son de todo punto indiferentes, desde el momento en que esas mismas corolas ó inflorescencias contengan el néctar ó el polen deseado.

M. Félix Plateau adiciona estas conclusiones con una observación destinada á impedir que se tergiverse su pensamiento. Admite perfectamente que el insecto pueda advertir á distancia la existencia de las flores, sea porque vea los colores de éstas del mismo modo que nosotros, sea porque note un contraste entre esas flores y lo que las rodea. Admite que, juntamente con el olfato, aunque en mucho menor grado, esta percepción visual vaga pueda dirigir al animal

hacia el conjunto de la masa floral; pero si llegado á este punto las flores no ofrecen entre sí otra diferencia que la del color, demostrará con sus actos que le es enteramente igual que las corolas sean azules, encarnadas, amarillas, blancas ó verdes. — E. COUPIN.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PREGIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRICA: BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El más eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BÉRGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

POESÍAS COMPLETAS de *Campoamor*. — No hemos de hacer el elogio de las composiciones que en los dos tomos de esta colección figuran. ¿Quién no conoce á Campoamor, el poeta contemporáneo que mayor fama y popularidad ha alcanzado en nuestra patria? Nos limitaremos, pues, á encomiar la edición que de sus obras completas ha hecho el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso, edición que comprende los poemas *Colón*, *El drama del alma* y *El Licenciado Torralba*, las colecciones de poesías *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, las *Fábulas*, los *Recuerdos*, las *Doloras*, las *Humoradas*, los *Cantares* y todos los *Pequeños poemas*. Para que se vea lo económico de esta edición, bastará decir que los dos tomos, con cerca de mil doscientas páginas de apretada lectura, se venden á dos pesetas.

**

LOS SEÑORES DE HERMIDA, por *Juan Ochoa*. — Fernando parte de la notable «Biblioteca Elzevir Ilustrada» que con tanto éxito publica en Barcelona el editor D. Juan Gili, se ha puesto á la venta este tomo, que



LAS CIGARRAS, cuadro de L. Alleaume. (Salón de París de 1900)

contiene una colección de bellísimos artículos y sentidos cantares del malogrado escritor ovetense D. Juan Ochoa. La lectura de unos y otros confirma la fama que en su corta, pero brillante carrera literaria conquistó su autor, y justifica los entusiasmos elogios que en el prólogo del libro y en el artículo biográfico le dedican críticos tan imparciales y escritores tan renombrados como Leopoldo Alas y Rafael Altamira, pues si en los primeros aparece el cuentista observador profundo de la realidad que sabe interesar con un argumento original admirablemente desarrollado y con un estudio acabado de los tipos que en la acción intervienen, en los segundos se revela el poeta inspirado cuyos versos llegan directamente al alma. El tomo, que lleva bonitas ilustraciones de Carretero, se vende, como todos los de la Biblioteca, á dos pesetas cincuenta céntimos.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Mundo Latino, diario intercontinental, órgano de los intereses de la raza latina, que se publica en Barcelona; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1889 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
 VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores *Laënnec, Thénard, Guersant*, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria*, etc.
 102, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN